

LOS HOMBRES de la historia
67
La Historia Universal a través de sus protagonistas
Luis XIV
François Lebrun
Centro Editor de América Latina

Rey de Francia a los cinco años, Luis XIV murió en 1715 a los setenta y siete años, en el septuagésimo tercero de su reinado, uno de los más largos de la historia. Desde el punto de vista político, el siglo XVII es uno de los más significativos de la historia de Francia ya que en él se produce la consolidación de la monarquía absoluta y la ascensión a la hegemonía europea, proceso en el que se destaca, precisamente en forma preponderante, la figura del Rey Sol. Más aún, cuando muere Luis XIV, la guerra de Francia contra la coalición europea y la de sucesión por el trono de España, han agotado a tal punto al país que con la desaparición del rey se cierra un período de esplendor y se abre una etapa de decadencia interna. Educado en los principios del absolutismo, profundamente imbuido de la dignidad real y de los derechos y deberes que ella implica, Luis XIV se consideró en todo momento como "el representante de Dios en la tierra", y esta convicción inspiró todas sus ideas, gestos y acciones: entre ellas, cabría recordar como ejemplo típico y, tal vez el más preñado de consecuencias, la revocación del edicto de Nantes en 1685 que abre en nombre de la fe una era de persecuciones sin cuartel contra los protestantes franceses y muestra que la palabra de Dios, cuando es interpretada literalmente, se convierte en un instrumento más peligroso que la palabra humana pues autoriza todos los excesos del fanatismo.
Más permanente que el esplendor político fue el artístico, donde sí puede percibirse la "grandeza y magnificencia" siempre buscada por el rey. Durante unos veinte años, la fantasía, la exuberancia, las audacias del pensamiento y la expresión del período de Luis XIII y Mazarino ceden lugar a un clasicismo triunfante, hecho de claridad, de mesura, de sumisión a la razón y a las reglas, acorde con los gustos e ideas del soberano y que se encuentra servido por una pléyade incomparable de escritores, pintores, escultores, arquitectos.
En síntesis, si bien el Rey Sol no poseyó las cualidades extraordinarias de algunos grandes hombres que, desde Julio César a Napoleón, de Carlomagno a Lenín, han marcado a su tiempo con su sello imborrable, su aplicación al "oficio real", su sentido de la grandeza del Estado confundido con su persona, la misma duración de su reinado y, sobre todo, la situación de primer plano que ocupa Francia en la Europa del siglo XVII, hacen indiscutiblemente de Luis XIV uno de los protagonistas de la historia universal.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S. p. A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

67. Luis XIV - El setecientos

Este es el quinto fascículo del tomo El setecientos.
La lámina de la tapa pertenece a la sección El setecientos, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 67:
A. Mella: p. 122-123 (4)
Alinari: p. 125 (2)
Bulloz: p. 118 (2); p. 126; p. 130 (3); p. 138 (1).
Falchi: p. 114 (1,2); pp. 122-123 (1,2); p. 130 (1,2); p. 135 (1,2).
Scala: p. 118 (1); p. 139 (2).
Ségalat: p. 116 (1 a 7); p. 120 (1 a 6); p. 125 (1); p. 129 (1, 2, 3, 4, 5); p. 133 (1, 2, 3, 4); pp. 136-137 (1, 2, 5, 6).

Traducción de Haydée G. de Torres

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1969.

Luis XIV

François Lebrun

1638
5 de setiembre: nacimiento de Luis, delfín de Francia, hijo de Luis XIII y de Ana de Austria.

1643
14 de mayo: muerte de Luis XIII y advenimiento de Luis XIV, de cinco años de edad.
18 de mayo: anulación del testamento de Luis XIII por el parlamento de París; Ana de Austria, regente.
19 de mayo: batalla de Rocroi.

1648
Primeros movimientos de la Fronda.
24 de octubre: tratado de Westfalia.

1649
5 de enero: Ana de Austria, el joven Luis XIV y la corte huyen de París a Saint-Germain-en Laye.

1651
7 de setiembre: Luis XIV es declarado oficialmente mayor a los catorce años.

1654
7 de junio: Luis XIV es consagrado en Reims.

1658
14 de junio: batalla de las Dunas y toma de Dunkerque.

1659
7 de noviembre: tratado de los Pirineos.

1660
9 de junio: casamiento de Luis XIV y de la infanta María Teresa, hija de Felipe IV, rey de España.

1661
9 de marzo: muerte de Mazarino; comienza el reinado personal de Luis XIV.
5 de setiembre: arresto de Fouquet en Nantes.

1661-1662
Hambre en casi todo el reino.

1665
Colbert, ya intendente de finanzas, se convierte en contralor general de las finanzas. Molière: *Don Juan*.

1667
Guerra, llamada de Devolución.

1668
2 de mayo: tratado de Aix-la-Chapelle. "Paz de la Iglesia" que regula provisoriamente la querella jansenista.

1669
Racine: *Britannicus*.

1670
Bossuet: *Oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra*.

1672
Se inicia la guerra de Holanda.

1673
Primera coalición europea contra Francia.

1674
11 de agosto: victoria de Condé en Seneffe.

1675
27 de julio: muerte de Turenne en Salzbach.

1676
Victorias de la flota francesa frente a Sicilia.

1678
Tratado de Nimega.

1680
Se inicia la práctica de las "dragonadas".

1681
30 de setiembre: ocupación de Estrasburgo.

1682
19 de marzo: declaración de los Cuatro Artículos.
La corte se instala definitivamente en Versalles.

1683
6 de setiembre: muerte de Colbert.
12 de setiembre: batalla de Kahlenberg; los Turcos vencidos levantan el sitio de Viena.
Casamiento secreto de Luis XIV y de madame de Maintenon.

1684
15 de agosto: tregua de Ratisbona.

1685
14 de octubre: edicto de Fontainebleau revocando el edicto de Nantes.

1686
9 de julio: formación de la liga de Augsburgo contra Francia.

1688
Setiembre: Luis XIV toma Aviñón y el Comtat.
Noviembre: revolución inglesa, huida de Jacobo II; Guillermo de Orange, rey de Inglaterra.

1689
Comienza la guerra de la liga de Augsburgo.

1690
10 de julio: victoria de la flota francesa en Cap Beachy Head.

1691
16 de julio: muerte de Louvois.

1692
3 de junio: derrota de la flota francesa en La Hougue.

1693
Luis XIV se reconcilia con el papa.

1693-1694
Hambre y "mortandad".

1695
Se establece la capitación.

1697
Setiembre-octubre: tratados de Ryswick.
Pierre Bayle: *Diccionario histórico y crítico*.

1700
25 de marzo: tratado de partición de la sucesión española firmado por Luis XIV y Guillermo III.
2 de octubre: testamento de Carlos II de España en favor del duque de Anjou.
16 de noviembre: Luis XIV acepta el testamento de Carlos II; Felipe V, rey de España.

1701
7 de setiembre: gran alianza de La Haya.

1702
Comienza la guerra de sucesión de España.
Comienza la revuelta de los "Camisards".

1704
13 de agosto: derrota francesa en Blenheim.

1705
9 de octubre: el archiduque Carlos se hace proclamar rey de España en Barcelona.

1706
23 de mayo: derrota francesa en Ramillies.

1708
Agosto: los coaligados toman Lila.

1709
Enero: el "gran invierno".
Negociaciones de La Haya.

1710
15 de febrero: nacimiento del duque de Anjou, futuro Luis XV.
Negociaciones de Geertruidenberg.
10 de diciembre: victoria franco-española en Villavicina.

1711
14 de abril: muerte del Gran Delfín.

1712
12 y 19 de febrero: muerte de la duquesa y del duque de Borgoña.
17 de julio: armisticio franco-inglés.
24 de julio: victoria francesa en Denain.

1713
11 de abril: tratados de Utrecht.
8 de setiembre: bula *Unigenitus* contra el jansenismo.

1714
6 de marzo: tratado de Rastadt.

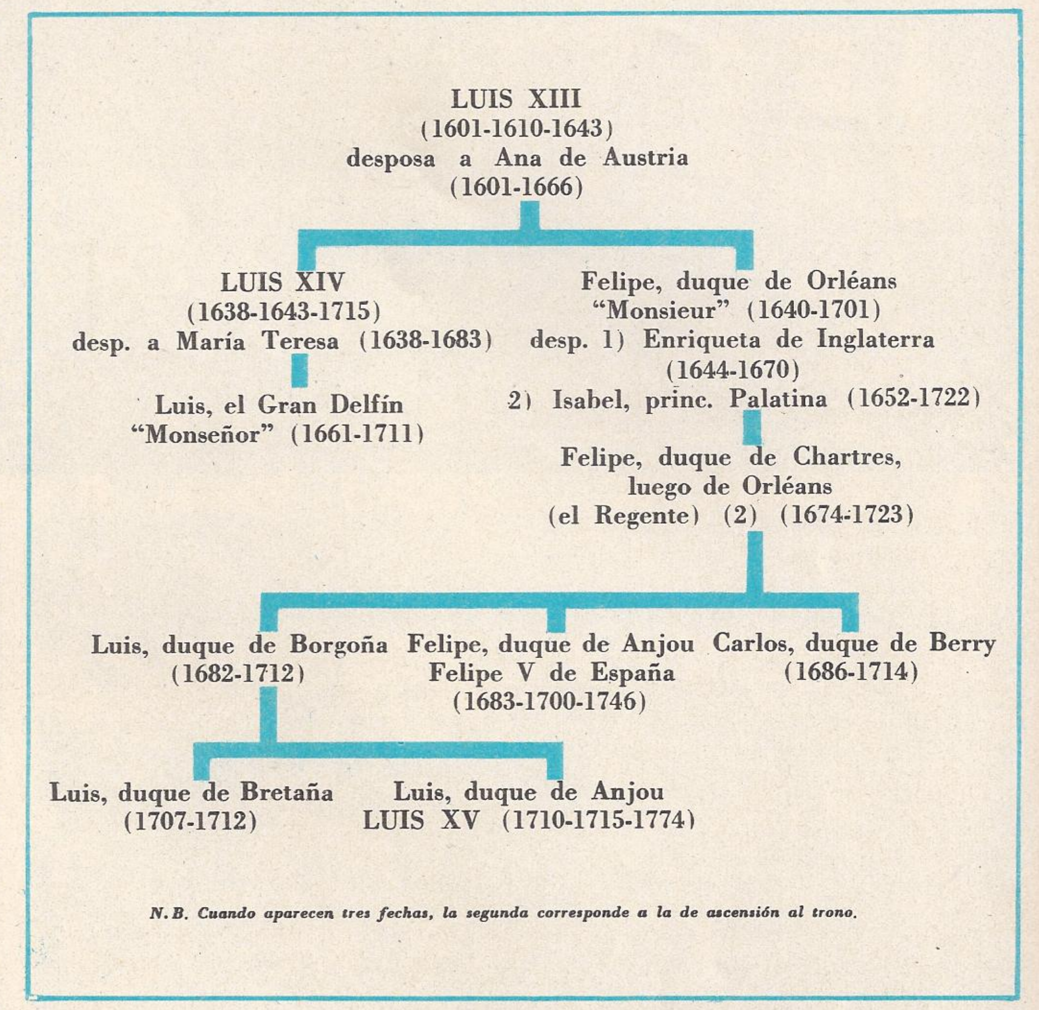
1715
1º de setiembre: muerte de Luis XIV.



1



2



Rey de Francia a los cinco años, pocos días después de la clamorosa victoria de Rocroi —fúnebre repique para la infantería española y testimonio del valor del ejército francés—, único señor a los veintidós, después de la muerte de Mazarino que le dejó un reino en el cual el resultado de la guerra con España y la mediación en los conflictos del Norte le aseguraban el primer lugar en Europa, Luis XIV murió en 1715, a los setenta y siete años, en el septuagésimo tercero de su reinado, uno de los más largos de la historia. Si bien no tiene, desde ningún punto de vista, las cualidades extraordinarias de algunos grandes hombres que, desde Julio César a Napoleón, de Carlomagno a Lenin, han marcado a su tiempo con un sello imborrable, su aplicación al "oficio real", su sentido de la grandeza del Estado confundido con su persona, la misma duración de su reinado y, sobre todo, la situación de primer plano que ocupa el reino de Francia en la Europa del siglo XVII, hacen indiscutiblemente de Luis XIV uno de los protagonistas de la historia universal.

La imagen tradicional que se tiene del Rey Sol en el cuadro clásico del palacio de Versalles, sólo se adecúa a un corto período de su reinado. Junto a esta imagen deben recordarse otras bien distintas: el niño escribiendo ("A los reyes se les debe homenaje. Ellos hacen lo que les agrada") o huyendo del tumulto parisiense; el brillante caballero de las grandes fiestas de 1662 y de las primeras victorias; el anciano de los últimos años conservando grandeza y dignidad en los duelos familiares y los reveses públicos. El hombre, el soberano, evolucionaron en el curso de un reinado de setenta y tres años y, más aún, alrededor de él la gente y las cosas. Por ello conviene, para analizar el hombre y su obra, seguir a uno y otra paso a paso y dejar hablar, toda vez que sea posible, al mismo rey.

Los años de formación

Nacido cuando sus padres, casados desde hacía veintidós años, ya no lo esperaban y bautizado Louis-Dieudonné (Luis Deodato), el hijo de Luis XIII y de Ana de Austria permaneció, hasta la edad de siete años, entre mujeres. A partir de entonces su educación fue confiada a un ayo, el marqués de Villeroy, y a un preceptor, el abate de Beaumont de Péréfixe, futuro arzobispo de París, ambos bajo la autoridad del primer ministro, el cardenal Mazarino que, ya padrino del joven rey, asumió la carga de "superintendente de la educación real". Esta educación es menos descuidada de lo que a menudo se ha dicho. Es cierto que la instrucción propiamente dicha es insuficiente: Mazarino no cree demasiado en la cultura libresca y Péréfixe se revela como un preceptor bastante inhábil. Luis XIV aprende un poco de francés y de latín, rudimentos de español y de italiano (fruto de sus conversaciones con su madre y con su padrino, más que de la frecuentación de textos). Más tarde deplorará amargamente su ignorancia en historia: "Ignorar cosas que todos los demás saben produce una pena aguda". Por el contrario, su educación militar y política es muy profunda y práctica. Consumado caballero, ha visto la guerra de cerca, muy joven aún, durante la Fronda, adolescente de veinte años durante el asedio de Dunkerque en 1658; así aprendió la organización de un ejército y el arte militar. Mazarino se encarga de su educación propiamente política, asociándolo muy pronto al trabajo de los ministros. A partir de 1654, asiste a ciertos consejos donde, por el momento, permanece mudo pero donde ve cómo se manejan los grandes asuntos del reino. A decir verdad, este verdadero aprendizaje se lleva a cabo sobre todo en los "asuntos exteriores", preocupación constante de Mazarino y el rey obtendrá sobre este punto un buen conocimiento de la Europa de su tiempo; los "asuntos interiores", en especial los problemas financieros, interesan poco al cardenal ministro y no ensaya explicarlos al joven rey Luis. En todo caso, la enseñanza de Mazarino y su ejemplo, contribuirán a desarrollar en el rey el gusto por el disimulo, un cierto desprecio por los hombres y la convicción de que la fidelidad es cuestión de dinero. La influencia de su madre Ana de Austria es más discreta: a ella le debe sus profundos sentimientos religiosos, su gusto por la etiqueta a la española, su sentido de la grandeza real. Por último, los mismos acontecimientos de los que es testigo durante su infancia y adolescencia, juegan un papel esencial en la formación de su carácter y en su concepción del poder.

La Fronda es un movimiento complejo que todavía hoy en muchos aspectos, es un "enigma" para los historiadores. Más que una verdadera revolución, es la manifestación brutal y desordenada de una suma de descontentos diversos: los "oficiales" y, sobre todo los miembros del parlamento de París, profundamente hostiles al refuerzo del absolutismo monárquico, juegan en ella un papel motor; los "grandes", apoyados en una clientela nobiliaria fiel a los valores de la moral caballeresca, ensayan por su lado imponer su tutela a la monarquía no dudando, ante el fracaso, en buscar el apoyo de España, todavía en guerra contra Francia; más aún, ciertos ambiciosos ávidos de poder como el príncipe de Condé, vencedor de Rocroi y de Lens, o el cardenal de Retz, coadjutor del arzobispo de París, están en un juego puramente personal; por último, la miseria ligada al crecimiento de la presión fiscal desde la entrada en guerra en 1635 y a las crisis de subsistencia de los años 1648



1



2



3

1. Luis XIV es proclamado mayor de edad en el Parlamento el 7 de setiembre de 1651. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. Combate del Faubourg ***St-Antoine****, en 1652. París, B. N., Est. (Ségalat).*

3. La reina Ana de Austria, Grabado de Morin. París, B. N., Est. (Ségalat).

4. La jornada de la barricada ***en París****, 26 de agosto de 1648. París, B. N., Est. (Ségalat).*

5. Alegoría del nacimiento ***del Delfín****, el futuro Luis XIV. París, B. N., Est. (Ségalat).*

6. Entrada de Luis XIV en el año 1648. París, B. N., Est. (Ségalat).

7. Primera aparición real de ***Luis XIV*** *en el Parlamento, para la proclamación como regente de Ana de Austria. París, B. N., Est. (Ségalat).*



4

a 1652, crea en las clases populares una situación explosiva que los hombres de la Fronda explotan en su propio interés. Es cierto que no se discute la persona misma del joven rey, al que se considera prisionero de Mazarino; es el "canalla siciliano" quien concentra en sí todas las oposiciones; oposiciones múltiples, a menudo divergentes que no tienen, en ningún momento, un jefe único, un programa común. Por lo tanto, y pese a su número irrisorio y su clima a menudo romántico, la Fronda es la expresión notable de una crisis profunda de la sociedad y del Estado. El joven rey que vive estos acontecimientos trágicos, no se engaña sobre ellos. Conservará toda su vida el recuerdo de las humillaciones sufridas, sobre todo la fuga en plena noche de invierno, de París a Saint-Germain, el 5 de enero de 1649. En sus *Memorias para el año 1661*, dictadas hacia 1670, evocará la Fronda en estos términos: "Es necesario representarse la situación: agitaciones terribles en todo el reino antes y después de mi mayoría de edad; una guerra extranjera, frente a la cual estos desórdenes domésticos habían hecho perder a Francia miles de ventajas; un príncipe de mi sangre y de un nombre muy grande, a la cabeza de los enemigos; muchas intrigas en el Estado; los parlamentos todavía en posesión y con el placer de una autoridad usurpada; en mi corte, escasa fidelidad sin interés y, fuera de ella, mis vasallos, en apariencia, los más sumisos, más una carga y más temidos por mí que los más rebeldes".

Es cierto que en los últimos años del ministerio de Mazarino, el orden es parcialmente restablecido en favor del cansancio general: los intendentes son enviados progresivamente a las provincias, el parlamento de París es obligado a circunscribirse a sus funciones judiciales. Sin embargo la tranquilidad no es total: algunos nobles continúan intrigando y varias sublevaciones populares de carácter antifiscal se producen todavía en el oeste. Y, sobre todo, Mazarino no cambia en nada una política financiera desastrosa cuyos excesos han sido en gran parte el origen de la Fronda y deja al superintendente de Finanzas, Nicolás Fouquet, usar expedientes tradicionales sin consideración por la terrible miseria de las clases populares. En el exterior por el contrario, obtiene por fin el triunfo resonante, esperado por largo tiempo y perseguido incansablemente pese a todas las interferencias: la alianza con el regicida Cromwell (en nombre de la razón de Estado) que permite vencer a España y completar la obra de los tratados de Westfalia al obtener con el tratado de los Pirineos, Artois y el Rosellón, al tiempo que el casamiento de Luis XIV con María Teresa, hija del rey Felipe IV, aparece, no sólo como la garantía de esta paz victoriosa sino como una opción a la



5



6


7

1

1. Velásquez, Felipe IV a caballo
Madrid, Museo del Prado (Scala).

2. Alegoría de Luis XIV con su familia,
Nocret, Palacio de Versalles (Bulloz).

En la página 114:

1. Luis XIV niño, H. Testelin.
Museo de Versalles (Falchi).

2. Luis XIV, de R. A. Honasse.
Museo de Versalles (Falchi).







1



2

1-6. Celebración y festejos con motivo del matrimonio de Luis XIV y María Teresa de Austria en algunas estampas del siglo XVII. *París. B. N., Est.* (Ségalat)

En las páginas 122-123:

1. Retrato *de Juan Bautista Colbert, de C. Lefebvre. Museo de Versalles* (Falchi).

2. *La columnata del Louvre de Le Vau, Le Brun y Perrault* (Falchi).

3. *Luis XIV* funda el Observatorio. *Pintura de la escuela de Le Brun. Museo de Versalles* (Arborio Mella).

sucesión española. La entrada triunfal en París de la joven pareja real, el 26 de agosto de 1660, es una de las últimas alegrías del cardenal que muere algunos meses más tarde, el 9 de marzo de 1661. De inmediato, el rey convoca a los príncipes, los duques y los ministros de Estado y, según el relato del secretario Brienne, les hace "comprender con sus propias palabras que él había tomado la resolución de dirigir por sí mismo el Estado sin apoyarse más que en sus propias fuerzas y honestamente los despedía diciéndoles que cuando tuviese necesidad de sus excelentes opiniones los mandaría llamar". Comienza así el reinado personal de Luis XIV que duraría cincuenta y cuatro años.

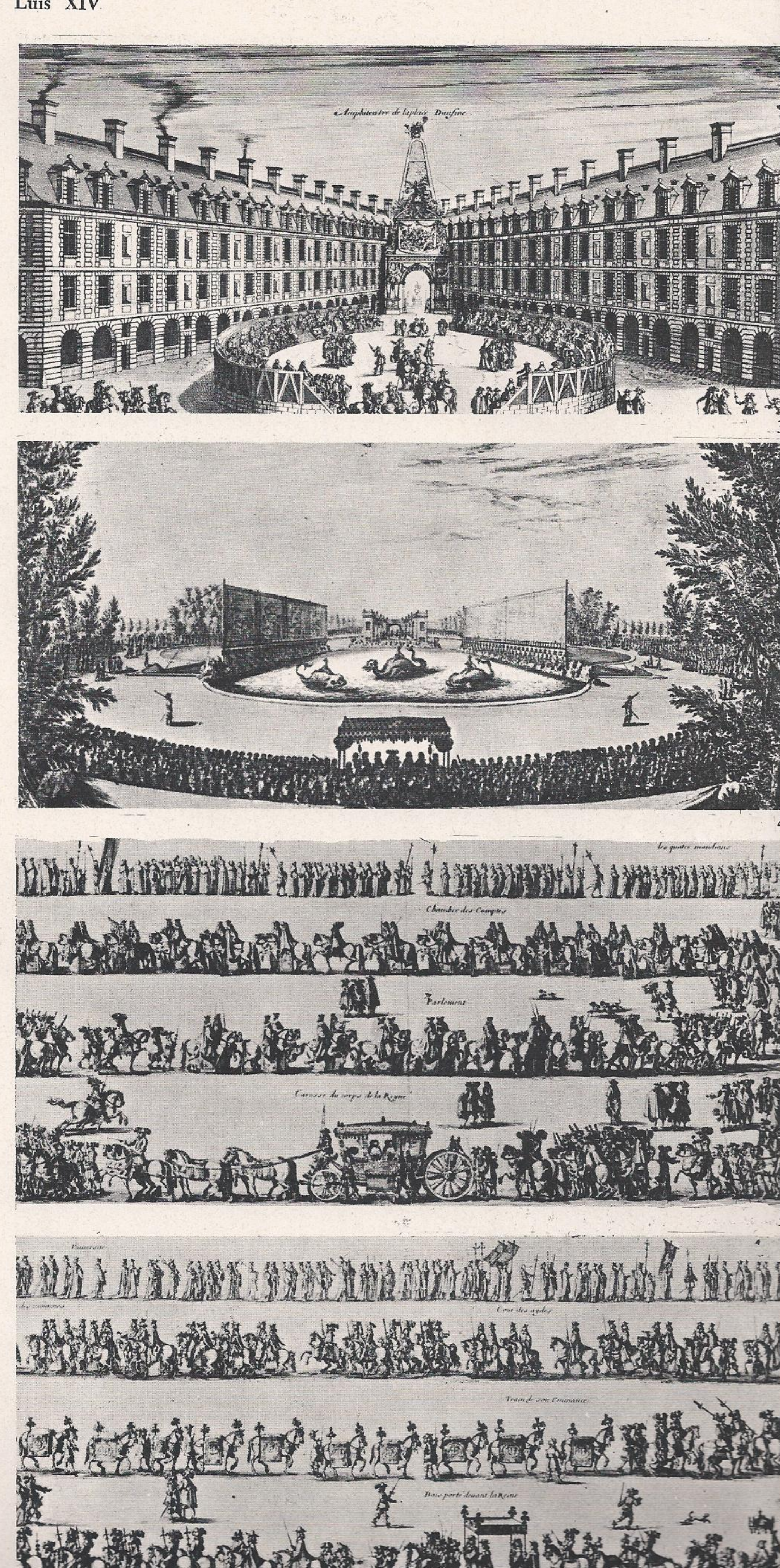
El rey absoluto

¿Quién es este rey de veintidós años? Pleno de majestad sin ser grande, Luis es de una salud y de una vitalidad a toda prueba, capaz al mismo tiempo de disfrutar de sus placeres y de ejercer con exactitud su oficio de rey. Su prima, mademoiselle Montpensier (la "Grande Mademoiselle") lo describe así en 1659: "Tiene un aspecto importante, orgulloso y agradable, algo de muy dulce y majestuoso en el rostro, los cabellos más hermosos del mundo tanto por su color como por el modo como se enrulan. Las piernas bellas, el porte firme y bien plantado; en resumen, el hombre más bello y mejor conformado de su reino y, seguramente, de todos los otros". Y añade: "Es muy inclinado a la galantería". Lo cierto es que el rey, rodeado de la adulación de todas las damas de la corte, no resistirá a las múltiples solicitaciones y a las exigencias de un temperamento vigoroso y sensual. Además, la corte de los años 1660 no estará aún fijada en el rígido ceremonial que será la regla en Versalles; reina allí una atmósfera de juventud, de libertad, de galantería y el mismo rey da el tono. Después del tierno idilio con María Mancini, sobrina de Mazarino, y el matrimonio político con María Teresa, corteja un poco a la mujer de su hermano ("Monsieur"), Enriqueta, duquesa de Orléans; después —en 1661— se transforma en el amante apasionado de la joven Luisa de La Vallière; en 1667 se prenda de la altiva Athénaïs de Montespan que le dará ocho hijos. Todavía en vida de la reina (que morirá en 1683), exhibe públicamente sus amores pero vela cuidadosamente de no abdicar por ello a su soberana autoridad. Así se explica a su hijo: "Si a pesar nuestro, sucede que caigamos en algún extravío, es preciso, para disminuir las consecuencias, observar dos precauciones que siempre he practicado y me han dado resultado. La primera, que el tiempo que dedicamos a nuestro amor, nunca perjudique nuestros asuntos porque nuestro primer objeto debe ser siempre la conservación de nuestra

gloria y de nuestra autoridad que no se pueden mantener en absoluto sin un trabajo asiduo (...) Pero la segunda consideración, que es la más delicada y la más difícil de practicar es la de mantener el dominio del espíritu cuando nos abandonamos a nuestro corazón; separar las ternuras de amante de las resoluciones del soberano; y que la belleza que nos causa placer jamás tenga la libertad de hablarnos de nuestros asuntos, ni de la gente que nos sirve".

De hecho, Luis XIV será siempre soberano antes que amante. ¿Acaso no escribe: "El oficio de rey es grande, noble, delicioso, cuando uno se siente digno de cumplir con todas las cosas que él exige"? Y es verdad que él es digno del oficio, en primer lugar por su dedicación al trabajo: largas horas en el silencio de un gabinete, solo o con un ministro, participación en los consejos y en las audiencias de todo tipo, actividad constante de un señor que quiere verlo todo y saber todo. Laborioso y puntual, ejerce un sorprendente dominio de sí, ligado a su sentido de la majestad real. En 1670 un cortesano, Lauzun, se ofuscó ante él hasta la injuria; "el rey, encolerizado —cuenta Saint-Simon— realizó en ese momento tal vez la más bella acción de su vida: se vuelve al instante, abre la ventana, echa su bastón fuera, dice que se sentiría molesto si castigara a un hombre de calidad y sale". Bello ejemplo de dominio de sí pero no de mansedumbre o de debilidad, pues al día siguiente Lauzun es arrestado y arrojado a la Bastilla. En revancha, las cualidades intelectuales, según palabras del gran historiador Lavisse, hacen de él "una persona común, un hombre honesto como había muchos en esa época, en la corte y en la ciudad". Su inteligencia, sin estar "por debajo de lo mediocre" como escribirá Saint-Simon que no lo quiere, es mediana, pero está dotado de un robusto buen sentido que le dicta las soluciones más prudentes, cuando su orgullo, a veces, no lo ciega.

En efecto, el orgullo es la pasión que lo domina todo en él, que constituye su misma naturaleza. La herencia española ha tenido sin duda mucho que ver aparte del hecho de ser rey desde la infancia, circunstancia que lo llevó a considerarse siempre como un ser distinto, investido de la dignidad soberana que su consagración confirmará. Más aún, siempre ha oído exaltar a su alrededor la función real: sus vasallos, tanto hugonotes como católicos, le repiten hasta el cansancio que él es la imagen de Dios y no debe rendir cuentas más que a Dios mismo. Para todos los teóricos del absolutismo, el rey es la encarnación del Estado, tiene todos los poderes y debe ser obedecido por todos so pena, no sólo de lesa majestad sino de sacrilegio. Educado en tales principios, profundamente imbuido de la dignidad real



3

4

5

6

1



2

y de los derechos y deberes que ella implica, Luis XIV se considera en verdad como el "representante de Dios en la tierra". Esta convicción inspira todas sus acciones y todos sus gestos, aun los cotidianos y acepta transformarse en objeto de un verdadero culto que se ejerce en el cuadro de la corte. A decir verdad, cuando toma el sol por emblema y "Nec pluribus impar" por divisa, no hace más que conformarse a las lecciones que se le han inculcado desde la infancia y que escuchará durante toda su vida. El único límite a este orgullo en apariencia ilimitado, es su profunda convicción de que llegará el día en que deberá rendir cuentas ante Dios. Pero entre los veinte y los cuarenta años el soberano no es exactamente un devoto; exhibe sin vergüenza, con desprecio de los mandamientos de la Iglesia, sus amores doblemente adúlteros; en la cima de la juventud y del poder, parece que todavía no sueña con el juicio de Dios. Sin embargo su piedad es sincera, pese a ser inseparable a sus ojos, de su "política": "Os diré la verdad, hijo mío: no sólo demostramos falta de reconocimiento y de justicia, sino de prudencia y buen sentido cuando no veneramos a Aquél de quien somos los representantes. Nuestra sumisión a Él es la regla y el ejemplo de la que nos es debida. Los ejércitos, los consejos, todo el quehacer humano serían débiles medios para mantenernos sobre el trono, si cada uno creyera tener los mismos derechos que nosotros y no soñara en un poder superior del cual el nuestro es una parte. El público respeto que rendimos a esta potencia invisible podría ser considerada como la primera y más importante parte de nuestra política, si no hubiera un motivo más noble y desinteresado".

Pese a su cuidado por gobernar y decidir solo, el rey no puede pasarse sin colaboradores. Pero toma buen cuidado de elegirlos en la burguesía o la "toga" recientemente ennoblecida, con el objeto de que le sean más fieles puesto que le deben todo: "No me interesaba elegir hombres de una calidad más eminente. Era preciso (...) hacer conocer al público, por el nivel mismo de donde los tomaba, que mi intención no era compartir mi autoridad con ellos. Me interesaba que ellos no concibiesen mayores esperanzas que las que yo quisiera darles, lo que es difícil para gente de alto rango". El consejo alto (o de los asuntos) es el verdadero consejo de gobierno, donde se estudian los grandes problemas interiores y exteriores. Quienes han sido convocados a él por el rey tienen derecho al título de ministro de Estado; el hecho de ser canciller o uno de los cuatro secretarios de Estado no implica que se será llamado a formar parte del consejo; el rey es libre en sus elecciones. Es así cómo, después de la



muerte de Mazarino, no conserva como ministros de Estado más que a Michael Le Tellier, secretario de la guerra, Hugues de Lionne, secretario de los asuntos extranjeros, y Fouquet, superintendente de finanzas. Después del arresto de Fouquet, culpable de malversación, pero sobre todo de los sombríos celos del joven rey y de las maniobras tortuosas de Colbert, este último lo reemplaza en el consejo y forma con Le Tellier y Lionne, la nueva "tríada" gubernamental. De una familia de burgueses de Reims, Jen-Baptiste Colbert comenzó su carrera como hombre de confianza de Mazarino que lo recomendó a Luis XIV; intendente de finanzas y ministro de Estado en 1661, contralor general de finanzas en 1665, durante más de veinte años asumirá, gracias a su sorprendente capacidad de trabajo, una tarea enorme ocupándose prácticamente de toda la administración del reino, con excepción de los asuntos extranjeros, dominio de Lionne y sus sucesores, y de los asuntos militares a cargo de Le Tellier y de su hijo Louvois. Éste, llamado al consejo en 1672, es el gran rival de Colbert. Pero cualquiera sea el papel desempeñado por uno y otro, el rey, que conoce la rivalidad permanente que los opone y juega con ella, permanece en todo momento como el único señor que decide.

La "máxima del orden"

"En todas partes reinaba el desorden". "Todo estaba tranquilo en todos lados". Estas dos frases de las *Memorias para el año 1661* sólo en apariencia son contradictorias: la primera se refiere al interior del reino, la segunda al exterior. Aun si el rey exagera algo la situación interior, no es menos cierto que el restablecimiento del orden se le aparece como la tarea más urgente. Ésta consiste primero en vigilar estrechamente los grandes cuerpos del Estado, cuya insubordinación ha estallado con la Fronda. La nobleza es reducida poco a poco a silencio y "domesticada" en la corte. Los parlamentos, dominados por largo tiempo, deben registrar los edictos sin deliberación ni voto y sólo pueden presentar "respetuosas advertencias" que el rey en general no toma en cuenta. Las otras compañías de "oficiales" son colocadas bajo el control de los intendentes. Los estados provinciales, donde subsisten, pierden de más en más su importancia real. Los jansenistas,* de quienes el rey duda su legalismo monárquico, son tratados de nuevo con rigor: la firma del "Formulario" que implica la condena de las ideas de Jansen, se prescribe en forma imperativa a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, suscita vivos incidentes en Port-Royal de París y en varias diócesis (una suspensión provisoria, llamada "paz de la Iglesia" se llevará a cabo en 1669, pero en nada resolverá los problemas de fondo). Evidentemente, a los ojos del rey, el mantenimiento del orden público es una exigencia esencial. De allí que las sublevaciones populares que todavía se producen aquí y allá, aunque en forma menos frecuente que en la primera mitad del siglo, sean reprimidas sin piedad. Paralelamente, el rey utiliza de más en más a los intendentes que en provincias se transforman en los grandes instrumentos de refuerzo de la autoridad monárquica; comisarios revocables y oficiales no propietarios de su cargo detentan, dentro de los límites de la comisión real, poderes enormes que resumen bien su título de "intendentes de justicia, policía y finanzas". Por último, cuidadoso de uniformar la legislación, el rey y Colbert encargan en 1665 a un consejo de justicia, la redacción de grandes ordenanzas: ordenanza civil, llamada código de Luis (1667), ordenanza de aguas y bosques (1669), ordenanza criminal (1670), ordenanza del comercio o código mercantil (1673).

No se impone menos una enérgica puesta en orden de las finanzas. El rey esboza un cuadro del estado de éstas en 1661 sobre todo con el objeto de poner en evidencia el valor del éxito ulterior: "Las finanzas que ponen en movimiento y acción a todo el gran cuerpo de la monarquía estaban por complèto agotadas, a tal punto que apenas existían recursos. Muchos gastos, aun los más necesarios y privilegiados de mi casa y mi propia persona, se retardaban con afrenta al decoro o se sostenían gracias a créditos de gravosas consecuencias." Gracias a una severa contabilidad, a la disminución de las cargas del Estado y a un mejor rendimiento de los impuestos fiscales, en diez años Colbert logró duplicar los ingresos del rey y asegurar, a partir de 1662, el equilibrio del presupuesto. Pero tal política financiera supone un país rico y capaz de sostener, mediante el impuesto y el trabajo, la gloria del rey. Colbert emprenderá un esfuerzo sistemático para dirigir y sostener la economía francesa y desarrollar las exportaciones, único modo de enriquecer al Estado según las ideas mercantilistas. El rey no puede menos que aplaudir esta transposición del absolutismo al dominio económico. Los primeros resultados son espectaculares: la creación de manufacturas privilegiadas, la multiplicación de reglamentos de fabricación, la persecusión a los oficios libres y la extensión de los oficios "jurados" (corporaciones) contribuyen a acrecentar la producción manufacturera y a asegurarle una reputación de calidad que vuelve a los productos franceses susceptibles de competir en los mercados extranjeros con los productos holandeses o ingleses. Es verdad que los esfuerzos por desarrollar el comercio exterior y hacer de modo que éste sea asegurado por los navíos franceses, se revelan como más engañosos: la adopción de tarifas aduaneras protectoras, la creación de varias compañías de comercio dotadas de importantes privilegios, el aumento sensible de la flota comercial no bastan para amenazar seriamente las posiciones comerciales de los holandeses en Francia y en el mundo. Además, los mejores efuerzos de reglamentación y protección nada pueden contra la fragilidad fundamental de la economía de antiguo tipo que, apoyada esencialmente sobre la agricultura, depende estrechamente de las condiciones climáticas: un verano frío y lluvioso puede bastar para comprometer la cosecha; la situación se torna más grave todavía si el hecho se reproduce dos años consecutivos: se produce entonces la crisis de subsistencia que repercute inevitablemente sobre toda la economía. En 1661-1662, el reino es golpeado por una crisis de este tipo, una de las más terribles del siglo XVII; es cierto que en los veinticinco años siguientes, un retorno a desastre tal le será ahorrado. Hacia 1670, el balance de los esfuerzos de Colbert es de cualquier modo muy positivo y el ministro puede concluir la memoria que dirige al rey en 1669, sobre "el estado de las manufacturas", con este grito de victoria: "Grandeza y magnificencia."

"Grandeza y magnificencia"

Esta búsqueda de la grandeza se percibe en la actitud de Luis XIV frente a los escritores y artistas, a quienes estima útiles para servir a la glorificación de su reinado. Dando a menudo muestras de un gusto esclarecido y seguro, hace trabajar en París y Versalles a los más grandes arquitectos, pintores y escultores de su tiempo; anima, pensiona, recompensa a escritores, sabios y artistas; sostiene las academias que contribuyen al triunfo del ideal clásico y otorgan a todo el movimiento literario y artístico la unidad de dirección necesaria. La fantasía, la exuberancia, las audacias del pensamiento y la expresión del período de Luis XIII y Mazarino ceden lugar, durante unos veinte años, a un clasicismo triunfante, hecho de claridad, de mesura, de sumisión a la razón y a las reglas, acorde con los gustos e ideas del soberano y que se encuentra servido por una pléyade incomparable de escritores, entre otros, Boileau, Racine, Molière, La Fontaine, Bossuet.

Pero la gloria del rey, cantada por escritores y artistas, debe brillar más allá de los límites del reino. Luis XIV es consciente de ser, en 1661, el árbitro de Europa: "La paz se había establecido con mis vecinos, por cierto por tanto tiempo como yo mismo lo había deseado." De este mo-

* Jansenismo: las doctrinas de Jansénius (teólogo holandés) que tendían a la limitación del libre albedrío, fueron defendidas en Francia por Arnauld y los teólogos de Port-Royal.

1



2

1. Visita de Luis XIV a la Academia de Ciencias. Grabado de Sebastián Leclerc. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. Busto de Luis XIV, de Bernini, 1656. Palacio de Versalles (Alinari).

En la página siguiente:

Luis XIV inaugura el Hotel de los Inválidos, *de autor desconocido del siglo* XVII. *París, Museo Carnavalet* (Bulloz).

do, aprovecha todas las ocasiones para afirmar su poder y eventualmente acrecentarlo. Puesto que considera que la gloria lograda en los campos de batalla es la consagración indispensable de un gran reino y que "expandirse en la más digna y agradable ocupación de los soberanos", dudará poco frente a los riesgos de la guerra. La gloria es el gran objetivo del rey y lo que mejor explica su política en Europa. De allí que, mucho más que los asuntos internos, sigue de muy cerca todo lo que concierne a la política extranjera. Los sucesivos secretarios de Estado, Hugues de Lionne, Arnauld de Pomponne, Colbert de Croissy, tienen la tarea de tenerlo perfectamente al corriente, gracias a un personal diplomático de primer orden, de todo lo que pasa en Europa. Pero sólo él juzga y decide. Sus primeros gestos son manifestaciones resplandecientes de su "magnificencia". Luego de una cuestión de precedencia entre los embajadores de España y de Francia en Londres, Luis XIV exige a su suegro Felipe IV, el envío de una embajada extraordinaria encargada de presentar, el 4 de mayo de 1662, las excusas del rey de España: "No sé si desde el comienzo de la monarquía —escribirá más tarde evocando esta jornada— hubo algo más glorioso para ella: pues los reyes y los soberanos que nuestros antepasados vieron alguna vez a sus pies, para rendirles homenaje, no estaban allí ni como soberanos ni como reyes sino como señores de algún principado menor que ellos tenían en feudo y al cual podían renunciar. Aquí se trata de un homenaje de otro tipo, de rey a rey, de corona a corona, que ni aun a nuestros mismos enemigos deja en la duda de que la nuestra sea la primera de toda la Cristiandad." Este orgullo casi ingenuo se manifiesta igualmente frente al rey de Inglaterra y aun ante el papa, obligado a humillarse ante él. Más aún, disputando al emperador la gloria de salvar a la Cristiandad, envía a Europa central un contingente de 6.000 hombres que desempeña un papel decisivo en la victoria de San Gotardo sobre los Turcos (1º de agosto de 1664). Fuera de estos gestos de prestigio, el rey se prepara para la apertura de la sucesión española. En efecto, el rey Felipe IV, viejo y enfermo, no tiene más que un hijo —el futuro Carlos II—, nacido en 1661 y cuya salud enfermiza hace esperar una muerte prematura. En esta coyuntura, Luis XIV y el emperador Leopoldo I, ambos hijos y esposos de infantas españolas, ostentarán pretensiones casi idénticas a recibir la inmensa herencia de Felipe II que comprende, además de España, Nápoles, Sicilia, el Milanesado, los Países Bajos, el Franco Condado, las Filipinas y la mayor parte de América. Esto es bastante para señalar la importancia de lo que está en juego. Mientras Lionne se esfuerza, con el objeto





de aislar a España del emperador, de estrechar los vínculos que unen a Francia con numerosos estados europeos, Le Tellier y Louvois reorganizan poco a poco el ejército con el fin de poner a punto el gran instrumento de la gloria del rey que, por su parte, no hace un misterio de "esta secreta predilección que las almas generosas tienen casi siempre por la profesión de las armas"; pese a que las cuestiones marítimas no le interesan demasiado, aprueba los esfuerzos de Colbert para dotarlo de una flota capaz de rivalizar con las escuadras inglesas, holandesas o españolas. Al morir Felipe IV el 17 de setiembre de 1665, Luis XIV revalida una costumbre de derecho privado brabanzón [del ducado de Brabante, Países Bajos], según la cual los hijos del primer lecho (caso de María Teresa, no de su hermano Carlos II) son los únicos herederos y los bienes de sus padres deben serle devueltos. Extendiendo este derecho de "devolución" al derecho internacional público, el rey reclama los Países Bajos en nombre de la reina. Ante el rechazo de la regencia de España de las pretensiones de Francia, Turenne, el consejero más escuchado por el rey para todas las cuestiones militares, prepara la invasión de los Países Bajos. La guerra llamada de "Devolución" (1667-1668) no es más que un paseo militar en cuyo transcurso Turenne se apodera de una parte de Flandes y Condé del Franco Condado. Pero las potencias marítimas, Provincias Unidas, Inglaterra, muy pronto Suecia, se inquietan ante este éxito demasiado fácil de los franceses y firman entre ellas una Triple Alianza que, bajo la apariencia de una mediación, está de hecho dirigida contra Francia. El rey no se engaña y retrocediendo ante esta amenaza encubierta, decide tratar con España. Ésta recupera el Franco Condado pero cede a Francia doce ciudades de Flandes, sobre todo Lila, Douai y Tournai. De este modo, la guerra ha probado la eficacia del ejército francés, reforzado la frontera del Norte y confirmado las pretensiones del rey sobre la sucesión española. Pero no olvidará la actitud de los holandeses, culpables a sus ojos de ingratitud, al haberlo forzado a moderar sus ambiciones. Por otra parte, todo lo irrita en esta república de mercaderes calvinistas, comenzando por la insolencia a su respecto por parte de los gacetilleros de Amsterdam. Colbert por su lado no se muestra menos interesado: estima que la expansión de la economía francesa y, sobre todo, de su comercio exterior, exige la sumisión y aun la anexión de las Provincias Unidas, primera potencia económica de Europa. Entre 1668 y 1672 el rey prepara cuidadosamente su venganza; se ingenia para aislar diplomáticamente al futuro adversario y se asegura en este sentido el apoyo efectivo de Inglaterra y la neutralidad de las otras potencias europeas. Por fin, el 24 de abril de 1672, escribe a todos los obispos de su reino: "Los Estados generales de las Provincias Unidas me han obligado con su conducta plena de ingratitud y desconocimiento de todos los beneficios que han recibido de los reyes que me han precedido y de mí mismo desde mi advenimiento a la corona, a declararles la guerra. Como he resuelto marchar en persona a la cabeza de mis ejércitos para hacerles sentir con más fuerza las consecuencias de su mala conducta, me complace comunicároslo mediante estas líneas y haceros saber que mi intención es que hagáis realizar plegarias públicas en toda la extensión de vuestra diócesis por el feliz éxito de mi viaje y para atraer la atención del cielo sobre una empresa tan justa y tan legítima como ésta." La guerra que comienza, tanto económica como política, será singularmente larga, más difícil y más costosa que lo previsto por el rey y Colbert. De hecho, comprometerá en gran medida, doce años de esfuerzos. Desde este punto de vista, es el primer vuelco del reino.

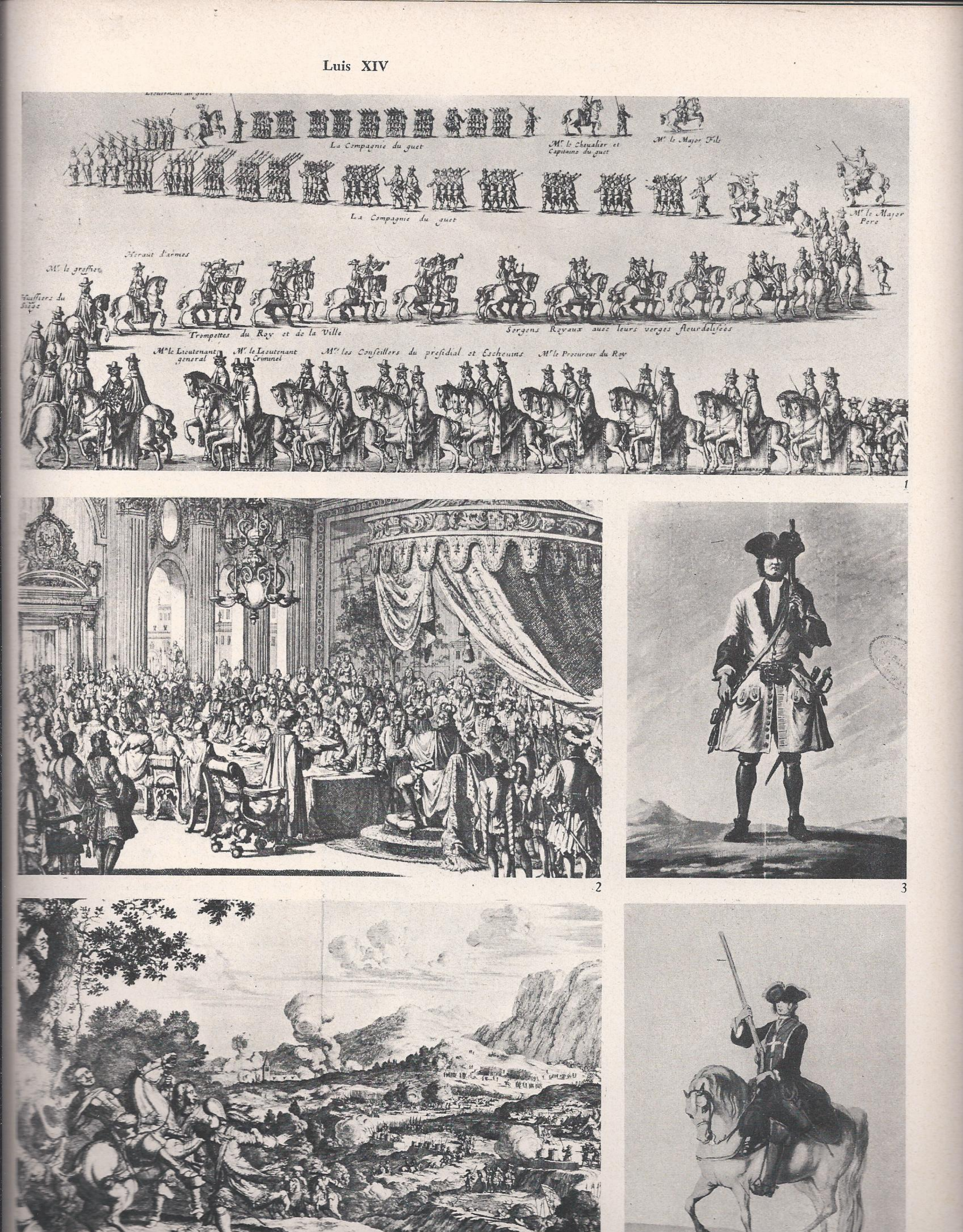
La guerra de Holanda y sus consecuencias

Al principio, todo parece desarrollarse de acuerdo con las esperanzas del rey. Sus ejércitos cruzan el Rin el 12 de junio y entran a Utrecht el 20. La víspera, embriagado por estos primeros éxitos, ha opuesto a las propuestas de paz de los Estados generales, exigencias inaceptables. Así provoca la ruptura de las conversaciones y un sobresalto nacional en todo el país. El 20 de junio, los holandeses abren los diques de Muiden a las aguas del Zuyderzee, que sumergen una gran parte de Holanda pero fuerzan a los franceses a detener su ofensiva sobre Amsterdam. Dos meses más tarde, el 20 de agosto, Jean de Witt y su hermano, considerados responsables de la falta de preparación de la república y del desastre sufrido, son asesinados por partidarios de Guillermo de Orange. Éste, estatúder * y capitán general, se convierte, pese a su juventud (tiene sólo veintidós años), en el alma de la resistencia neerlandesa y, hasta su muerte, será el adversario más constante y encarnizado de Luis XIV. En algunos meses logrará con éxito enderezar la situación, formando contra Francia una verdadera coalición europea: el rey de España, el emperador, la mayor parte de los príncipes alemanes acuden en socorro de las Provincias Unidas, al tiempo que, cediendo a la presión de la opinión pública inglesa, el rey Carlos II Estuardo firma con ellas una paz separada. Es el turno de Francia de sentirse aislada. Forzada a batirse sobre varios frentes, Países Bajos, Alsacia, Franco Condado, los ejércitos franceses de Condé y de Turenne resisten victoriosamente en todas partes y hasta pasan a la ofensiva; en el mar, Duquesne se asegura el dominio del Medieterráneo. Por fin, el cansancio de todos los beligerantes lleva, en 1678-1679, a la firma de los tratados de Nimega: Holanda no pierde nada de su territorio y obtiene además la abrogación de la tarifa aduanera francesa de 1667; hay un abismo entre estas condiciones y las esperanzas y exigencias de Luis XIV en 1672. En compensación, es España la que paga los gastos de la guerra: abandona a Francia el Franco Condado, el Cambrésis y nuevas plazas en Flandes y en Henao. El honor —y más que el honor— del "Gran Rey" parecen estar a salvo: ha ampliado el territorio del reino y todavía conserva la imagen de árbitro de Europa. Entretanto, las necesidades del largo conflicto lo han obligado a elegir el "exterior" contra el "interior": los grandes vencidos de la guerra de Holanda son Colbert, los súbditos del rey y, lo quiera él o no, el rey mismo.

En efecto, desde 1672, las pesadas incidencias financieras de la guerra provocan un déficit en el presupuesto, por primera vez en diez años, y el déficit se transforma en la regla a pesar de los esfuerzos de Colbert.

Desilusionado, éste escribirá al rey en 1681: "Si Vuestra Majestad tuviera a bien representarse y comparar los tiempos y los veinte años que he tenido el honor de servirlo, encontrará que, pese a haber aumentado en mucho los ingresos, los gastos los han excedido y por ello tal vez convenga que V.M. modifique y limite los excesos y ponga por este medio un poco más de proporción entre los ingresos y los gastos." Para hacer frente a la situación, el ministro debe resolverse a aumentar los impuestos y recurrir a "recursos extraordinarios", es decir, a expedientes abandonados desde Fouquet, ventas de cargos, empréstitos, creación de tasas nuevas. Más grave aún, el relajamiento del sostén financiero aportado por el Estado a las grandes manufacturas entraña, después de 1674, la desaparición de varias de ellas, creadas sin reparar en gastos en los años 1660; del mismo modo, las grandes compañías de comercio periclitan y desaparecen desde el momento en que la ayuda del Estado se vuelve más mezquina. Por cierto que hay otras razones para explicar el semifracaso del colbertismo: exceso de reglamentaciones, indiferencia por una parte de la burguesía francesa, clima coyuntural desfavorable; es verdad que algunos éxitos se mantienen como adquisiciones permanentes, sobre todo el de ciertas manufacturas, el progreso de la flota comercial, la ex-

* Estatúder: título que llevaban los príncipes de Orange-Nassau, jefes de las Provincias Unidas de los Países Bajos, desde fines del siglo XVI hasta 1795.



Lieutenant du guet
La Compagnie du guet
Mr le Cheualier et Capitaine du guet
Mr le Major Fils
La Compagnie du guet
Mr le Major Pere
Mr le greffier
Heraut d'armes
Huissiers du Siege
Trompettes du Roy et de la Ville
Sergens Royaux auec leurs verges fleurdelisées
Mr le Lieutenant general
Mr le Lieutenant Criminel
Mrs les Conseillers du presidial et Escheuins
Mr le Procureur du Roy
1
2
3
4
5



1



2

1. Entrada de Luis XIV
y de María Teresa en Arras,
el 30 de julio de 1667.
Cuadro de A. F. Van der Meulen.
Museo de Versalles (Falchi).

2. Luis XIV cruza el Rin,
el 12 de junio de 1672.
Copia de un cuadro
de A. F. Van der Meulen.
Museo de Versalles (Falchi).

3. Luis XIV, *estatua de Coysevox.*
París, Museo Carnavalet (Bulloz).

En la página precedente:

1. Cortejo en ocasión de la paz
de Aquisgrán en 1688.
París, B. N., Est. (Ségalat).

2. Revocación del edicto de Nantes
París, B. N., Est. (Ségalat).

3, 5. Mosqueteros del regimiento
de St. Simon en el siglo XVIII.
París, Biblioteca del Museo
de los Inválidos (Ségalat).

4. Muerte de Turenne.
París, B. N., Est. (Ségalat).

pansión del comercio exterior. Pero, en resumen, no puede negarse que la guerra de Holanda contribuyó con largueza a comprometer los esfuerzos de Colbert.

El gran vuelco, 1682-1686

Al mismo tiempo, el rey, sólo cuidadoso de su gloria, no sueña más que en afirmarla en el reino y en Europa, sin preocuparse demasiado del precio de una política de tal tipo. Desde 1662, ha soñado en construirse fuera de París, una residencia digna para él y ha encargado a los artistas que habían construido para Fouquet el castillo de Vaux —el arquitecto Le Vau, el pintor Le Brun y el jardinero Le Nôtre— transformar y ampliar el modesto pabellón de caza edificado treinta años antes por Luis XIII en Versalles. Los trabajos de Le Vau consistieron en modificar completamente los arreglos anteriores, en construir vastos edificios comunes a cada lado de un patio anterior y por último en rodear el pequeño castillo de Luis XIII, por la parte de los jardines, con dos grandes pabellones de estilo ítalo-antiguo, unidos entre sí por una terraza a la italiana. La muerte de Le Vau en 1670 y sobre todo la guerra de Holanda obligaron a frenar el ritmo de los trabajos. Pero el rey, que desde 1678 sueña con hacer de Versalles la residencia definitiva de la corte y del gobierno, encarga a un arquitecto de treinta y dos años, Jules Hardouin-Mansart, agregar al palacio construido por Le Vau dos alas inmensas, al sur y al norte y edificar sobre la terraza una gran galería decorada con espejos sobre los muros y pinturas de Le Brun en los techos. En 1682, la corte se establece oficialmente en Versalles. En esta fecha todavía está en construcción pero es ya el cuadro incomparable que había deseado y concebido Luis XIV y en el cual todo concurre a su gloria. Majestad, simetría, mesura, son las características de este inmenso conjunto cuyo centro es la misma cámara del rey, como el sol es el centro del universo. Todo, patios, palacio, jardines, se ordena alrededor de este punto central y canta la magnificencia del rey más grande del mundo.

Éste abandona de más en más las consideraciones de que hacía gala al principio de su reinado personal. Esto es particularmente sensible en las cuestiones religiosas. "Rey muy cristiano", Luis XIV es celoso de sus derechos sobre la Iglesia de Francia y a la vez cuidadoso de restablecer en el reino la unidad de la fe. Su galicanismo (diferente del galicanismo del clero tan desconfiado frente al rey como frente a Roma) lo lleva a un grave conflicto con el papa. El origen del mismo se ubica en 1673 a raíz de la extensión a todo el reino del derecho de regalía, en virtud del cual el rey, durante la vacancia de una sede episcopal, percibe las rentas de la misma y nombra a los benefi-

ciarios locales. El nuevo papa elegido en 1676, Inocencio XI, condena sin miramientos la actitud de Luis XIV. Éste replica oponiendo al papa el clero de Francia, que adopta, sin hesitaciones ni reticencias, en la Asamblea de 1682, una declaración llamada de los cuatro artículos, de inspiración francamente galicana y hostil a Roma. Inocencio XI responde desconociendo las decisiones de la Asamblea y rehusando la investidura canónica a todos los nuevos obispos nombrados por el rey. Los dos adversarios permanecen por el momento en sus posiciones sin llegar a la ruptura.

Por otra parte y en la misma época, el rey da una prueba espectacular de su adhesión a la religión romana al revocar el edicto de Nantes. Éste es el término lógico de una política que expusiera hacia 1670 en sus *Memorias para el año 1661*: "Con respecto al gran número de mis súbditos de la religión pretendidamente reformada, mal que siempre observé y observo aún con mucho dolor, formé desde entonces el plan de toda mi conducta frente a ellos [. . .] Creo que el mejor medio para reducir poco a poco a los hugonotes de mi reino es no forzarlos con nuevo vigor, respetar lo que habían obtenido bajo los reinados precedentes, pero tampoco acordarles nada más y aun limitar la ejecución en los límites más estrechos que permitiera la justicia y el decoro." Esta política cuyo objeto claramente expuesto es el restablecimiento de la unidad de la fe por la conversión de todos los protestantes, es engañosa, a despecho de ciertas conversiones espectaculares como la de Turenne. Por ello, a partir de 1679, el rey endurece su actitud. A la violencia legal que consiste en multiplicar los arrestos, vaciando de contenido poco a poco el edicto de Nantes, se agrega la violencia militar, las dragonadas: en Poitou, en Languedoc, en Béarn, dragones, "misioneros con botas", se establecen entre los hugonotes y obtienen mediante brutalidades y exacciones, numerosas conversiones. De hecho, el rey no ignora, ni en qué condiciones se obtienen estas conversiones, ni que todavía subsisten numerosos protestantes. Pero se deja convencer fácilmente por sus cortesanos y firma el 18 de octubre de 1685 el edicto de Fontainebleau revocando el de Nantes. Recibido con entusiasmo por la opinión católica que, por boca de Bossuet exalta al "nuevo Constantino" y al "nuevo Teodosio", el edicto de Fontainbleau plantea un temible problema protestante: por una parte, son numerosos los hugonotes (300.000 tal vez) que prefieren el exilio a la abjuración y huyen pese a la vigilancia fronteriza hacia los países de refugio de la Europa protestante; a menudo gente con oficio, ricos y emprendedores, aportan su talento e inteligencia a aquéllos. Por otra parte, sus correligionarios que permanecen en el reino y que oficial-



mente son "convertidos nuevos", oponen una resistencia pasiva a la obligación de asistir a los oficios católicos y se esfuerzan por practicar clandestinamente su culto. Por último, la revocación suscita la indignación de las potencias reformadas, Provincias Unidas, Inglaterra, Brandeburgo, y contribuye a reforzar su hostilidad hacia Luis XIV.

Es cierto que éste, por su parte, hace todo lo posible por provocar y exasperar a Europa. Luego de la paz de Nimega, conserva todo su ejército en pie de guerra y reemplaza, por Colbert de Croissy, al demasiado tímido Arnauld de Pomponne: "Fue necesario que yo le ordenara que se retirase porque todo lo que pasaba por él perdía la grandeza y la fuerza que debe existir cuando se ejecutan las órdenes de un rey de Francia que no es un infeliz." Más que nunca la palabra de orden del rey es la grandeza. Persuadido que ya nada tiene que temer en el continente, se lanza a una riesgosa política de "reuniones" a la corona y de anexiones en plena paz (sobre todo la de Estrasburgo en 1681) que suscita inquietudes y protestas en Europa. Pero España, pese a ser la directamente agredida por la invasión del Luxemburgo, nada puede sola. Por lo tanto, ni el emperador que rechaza a los Turcos frente a Viena en 1683 y emprende la reconquista de Hungría, ni los príncipes alemanes inquietos pero divididos e impotentes, ni las Provincias Unidas donde Guillermo de Orange no consigue comprometer a una burguesía ávida de paz, están en condiciones de sostener a España. Nada parece poder resistir al poderío francés. El 15 de agosto de 1684, para ganar tiempo, el emperador y el rey de España se resignan a firmar en Ratisbona una tregua de veinte años con el rey de Francia, por la que le reconocen, por ese lapso, las reuniones y anexiones operadas a partir de Nimega.

Desde muchos puntos de vista, la tregua de Ratisbona señala el punto culminante del reinado. Por lo demás, la instalación de la corte en Versalles en 1682, la muerte de Colbert y el casamiento secreto del rey con madame de Maintenon en 1683, la revocación del edicto de Nantes en 1685, la formación de la Liga de Aubsburgo en 1686, son todos acontecimientos que contribuyen a caracterizar a estos años como los del segundo gran vuelco del reino. El rey tiene cuarenta y seis años en 1684: no es ya el joven y brillante caballero de los años 1660, es un hombre algo vencido por la edad pero que conserva una majestad intimidante y una sorprendente vitalidad. Bajo la influencia de madame de Maintenon, comienza a pensar más en su salvación y se vuelve devoto. La atmósfera que reina en la corte se vuelve más pesada. Los cortesanos que se tornan más y más numerosos en Versalles, se hacen devotos a imitación del rey o, al menos, simulan serlo. La familia real vive sometida a la voluntad del señor: el "Gran Delfín", "Monseñor", no tiene ninguna personalidad; "Monsieur" es mantenido aparte, lo mismo que su hijo (el futuro regente), inteligente y cultivado, pero cuya libertad de pensamiento y de costumbres horroriza a madame de Maintenon; el gran Condé muere en 1686; los dos bastardos del rey y de madame de Montespan, el duque de Maine y el conde de Toulouse, han sido "legitimados" y figuran en la corte. El personal ministerial cambia poco a poco. Con la muerte de Colbert (1683) y la de Le Tellier (1685), el equipo legado por Mazarino desaparece por completo. El rey continúa llamando al consejo alto sólo a tres o cuatro ministros de Estado, Pontchartrain, Louvois, miembros del clan Colbert (Toroy, Desmarets). Por lo tanto, una vez desaparecido Louvois (1691), el rey gobierna solo de más en más; los ministros, a menudo hombres de valor, son más que nunca simples ejecutantes.

Europa contra Francia

La edad no ha moderado las ambiciones del rey, que se afirman por el contrario con más arrogancia, como si nada pudiera limitarlas. No ha escrito acaso: "La gloria es una dama a la que jamás se puede descuidar, ni se puede ser digno de sus favores primero si no se desea incesantemente nuevos [. . .] El calor que se experimenta por la gloria no es una de esas débiles pasiones que se apaciguan con la posesión. Sus favores, que jamás se obtienen sin esfuerzo, nunca desagradan, y quien pueda pasarse sin desear otros nuevos es indigno de todos los ya recibidos." Lejos de dar muestras de prudencia y moderación que, luego de la tregua de Ratisbona, hubieran podido calmar las aprehensiones de las potencias, multiplica los gestos intimidatorios como si quisiera hacer sentir a Europa que tiene en él a su señor. Exige que el *dogo* * de Génova acuda en persona en enero de 1685 para presentarle sus excusas por haber abierto su puerto a las galeras españolas; en marzo, a la muerte del elector palatino, reclama una parte del Palatinado en nombre de "Madame", duquesa de Orléans, hermana del elector difunto; en octubre, la revocación del edicto de Nantes exaspera a las potencias protestantes. Todos estos hechos explican la formación, en julio de 1686, de la liga de Ausgburgo que reagrupa al emperador Leopoldo, el rey de España y varios príncipes alemanes en torno al objetivo de oponerse a todo nuevo avance del rey de Francia. Por su parte, Guillermo de Orange, estatúder de Holanda, sigue de muy cerca los asuntos de Inglaterra y busca explotar en su beneficio las dificultades que allí encuentra su suegro Jacobo II, católico y aliado de Francia. Al mismo tiempo, Luis XIV continúa con sus provocaciones: al preferir el papa Inocencio XI el candidato del emperador al suyo para la sede episcopal de Colonia (setiembre de 1688), hace ocupar, no sólo el Comtat Venaissin **, posesión pontifical, y el obispado de Colonia, sino también el Palatinado, donde ordena una devastación sistemática para que no sirva de punto de partida a los imperiales. La primera de las dos grandes guerras de finales del reinado ha comenzado. La segunda coalición a la que debe hacer frente Francia reagrupa a casi todas las potencias europeas. La revolución inglesa de 1688, que arroja a Jacobo II de Londres y nombra rey de Inglaterra a Guillermo de Orange con el nombre de Guillermo III, es un primer fracaso para Luis XIV, que tiene frente a él, además de los firmantes de la liga de Augsburgo y Saboya, a las dos grandes potencias marítimas comprometidas por su adversario más encarnizado desde 1672. La flota de Tourville, victoriosa en 1690 en Cap Beachy-Head, es parcialmente destruida dos años más tarde en La Hougue: es para Luis XIV el fin de toda esperanza de desembarco en Inglaterra y de restauración de Jacobo II. Por otra parte, es verdad también que los coaligados fracasan en sus tentativas por invadir Francia. Mientras, la guerra prosigue en forma interminable, agotando cada vez más las finanzas del reino y quebrantando una economía ya amenazada. La creación en 1685 de un nuevo impuesto directo obligatorio para todos, la capitación, tiene por fin reunir nuevos recursos para el mantenimiento de la guerra; pero muy pronto, el clero y ciertas categorías sociales se eximen por rescate de esta carga fiscal, lo que vacía a la medida de su contenido renovador y disminuye el rendimiento. En 1693-1694, luego de malas cosechas, la segunda gran hambruna provoca en el reino una verdadera hecatombe y aumenta la miseria de las clases populares. Los problemas religiosos son también para el rey una fuente de preocupaciones y desilusiones. Es cierto que su evolución personal hacia la devoción y la desaparición de Inocencio XI facilitan el arreglo del conflicto con el papa, pero al precio de un retroceso humillante puesto que debe retractarse de la Declaración de los Cuatro Artículos a cambio de la extensión de derecho de regalía y de la investidura por el papa de los obispos nombrados a partir de 1682. La razón de su repudio a su reciente galicanismo agre-

* Magistrado supremo de las antiguas repúblicas de Génova y Venecia.

** Región de Francia (departamento de Vaucluse); perteneció a los papas junto con Aviñón.

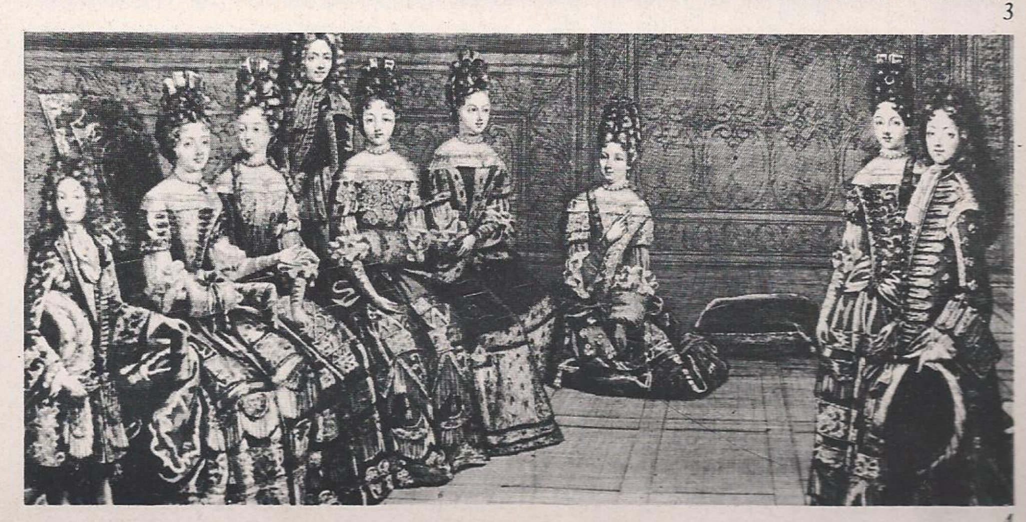
1



2

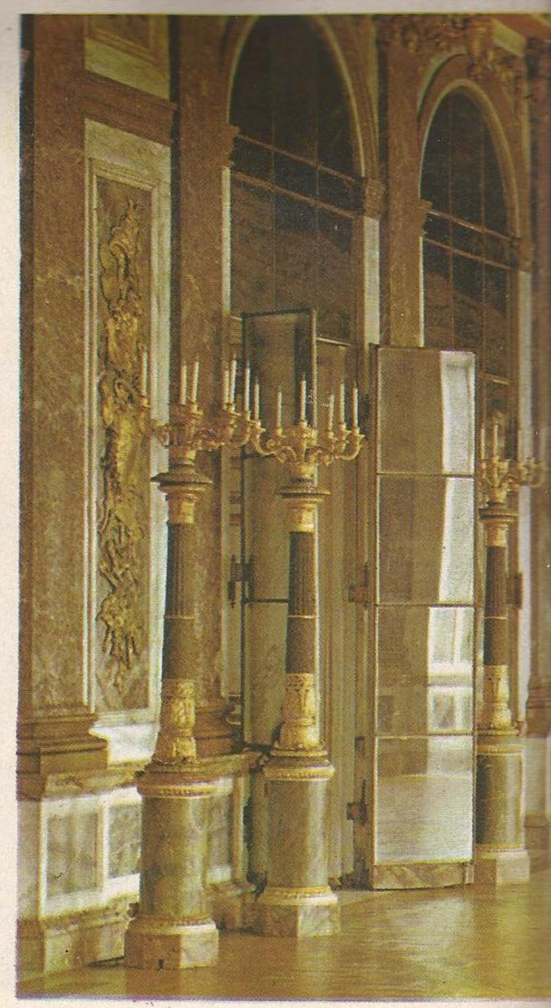


3



4





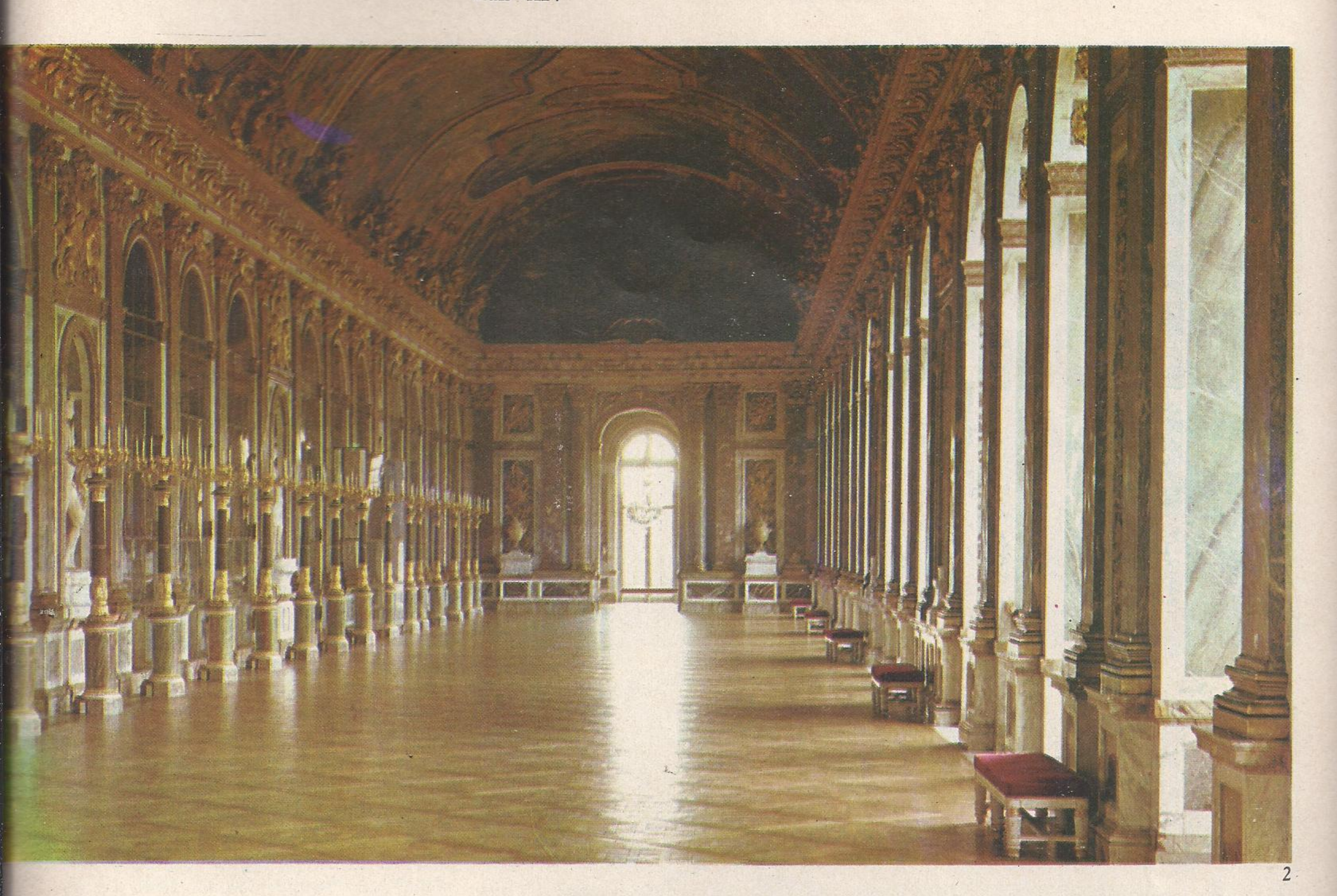
1

sivo y su conversión creciente al ultramontanismo, debe buscarse en la necesidad que tiene de Roma para luchar contra las diversas amenazas de disidencia religiosa. Las ideas quietistas defendidas por Fénelon, según las cuales es necesario dar menos importancia a las prácticas y obras que a la contemplación del "puro amor" de Dios, alcanzan gran éxito en ciertos medios de la corte. La querella jansenista se reanima a partir de 1693 con la aparición de una obra del oratoriano Quesnel; al agustinismo de Jansen y de Arnauld, este segundo jansenismo o quesnelismo, mezcla ideas galicanas y "richeristas" (de Richer, defensor a principios del siglo de los derechos de los curas frente a los de los obispos). Más grave aún es la cuestión protestante: los hugonotes que han permanecido en el reino son siempre numerosos y obstinados y la obligación a que están sujetos de recibir los sacramentos es para muchos católicos objeto de escándalo. Además, desde varios años atrás, el brillante mecenazgo que ejercía el rey en los años 1660-1680 no es más que un recuerdo. La sociedad francesa deja de tener los ojos fijos en Versalles. Las grandes voces de la generación clásica han enmudecido. La crítica de la tradición y del principio de autoridad en nombre de la razón se vuelve de más en más osada: creencias religiosas, monarquía absoluta, ideal clásico, todo parece cuestionarse. Fontenelle publica su impertinente *Historia de los oráculos* en 1686; Pierre Bayle, desde Amsterdam, donde se ha refugiado, los dos tomos de su *Diccionario histórico y crítico*, en 1695 y 1697.

Este mismo año de 1697, los beligerantes, agotados finacieramente y conscientes de que las armas no pueden aportar resultados decisivos, se resignan a firmar los tratados de Ryswick, que obligan a Francia a devolver todas las anexiones realizadas desde Nimega, a excepción de Estrasburgo; más aún, penosa humillación para el orgullo del rey, debe aceptar reconocer a Guillermo III como rey de Inglaterra y no sostener las pretensiones de los Estuardo. El tiempo de la magnificencia y de la hegemonía francesa ha terminado. Luis XIV, que ha aceptado estas condiciones sin que sus ejércitos hayan sido vencidos, parece descubrir, un poco tarde, el precio de la prudencia y la moderación.

La tregua y la sucesión de España

Pero la paz sólo será una tregua que durará menos de cinco años; el arreglo de la sucesión de España y nuevas torpezas de Luis XIV provocan, a partir de 1701, la formación de una tercera coalición contra Francia. En la emergencia, el rey dio al principio pruebas de mucha flexibilidad y sentido político. Ante la perspectiva de una inminente apertura de la sucesión de Carlos II (que no tiene hijos y que no es más que un moribundo), se entiende con Guillermo III sobre la base de dos proyectos sucesivos de reparto (1698-1790): el trono de Madrid se otorgará a un duque austríaco y Francia recibirá Sicilia, Nápoles y el Milanesado; por su parte, Inglaterra y las Provincias Unidas obtendrán del rey de España ventajas comerciales en el Nuevo Mundo. Pero el emperador Leopoldo, que quiere para su segundo hijo, el archiduqe Carlos, la totalidad de la herencia española, rehúsa su acuerdo. Está además el principal interesado, el rey Carlos II, que desea preservar la integridad de su monarquía. Con este objeto, en octubre de 1700, unos días antes de su muerte, redacta un testamento por el que prohíbe toda partición de sus posesiones y designa como su sucesor a Felipe, duque de Anjou, segundo nieto de Luis XIV. Si el último de los Habsburgo de Madrid prefiere un Borbón a uno de sus primos de Viena es porque piensa que sólo Luis XIV es capaz de imponer a Europa el respeto por la integridad de la herencia española. El rey de Francia, que tiene conocimiento del testamento el 9 de noviembre, ocho días después de la muerte del rey de España, se encuentra ante una elección de excepcional gravedad: rechazar el testamento y mantenerse



2

fiel al tratado de reparto de 1700, o aceptarlo y ver a uno de sus nietos en el trono de Madrid. Después de maduras reflexiones, en último análisis muy sensible por cierto al orgullo dinástico, se decide por la aceptación del testamento y hace pública su decisión presentando al duque de Anjou ante los cortesanos en la mañana del 16 de noviembre: "Señores, he aquí al rey de España." Restaba hacer aceptar esta situación a Europa. Ahora bien, conocida la noticia, la mayor parte de las potencias —excepción hecha del emperador, que rompe de inmediato con Francia— reconocen a Felipe V como rey de España. Es cierto que el rey Guillermo y su amigo Heinsius, gran pensionario de Holanda,* sólo lo han hecho bajo la presión de los pueblos ingleses y holandeses ávidos de paz y no esperan más que el momento favorable para salir de esta neutralidad y comprometer a sus países en la guerra. Una serie de torpezas de Luis XIV, a quien la sucesión española parece haber devuelto toda su soberbia, les permitirá llevar adelante dichos planes: mantenimiento de los derechos de Felipe V a la corona de Francia contrariamente a una estipulación del testamento de Carlos II, concesión por su nieto del gobierno *de facto* de los Países Bajos e importantes privilegios comerciales en España y en las colonias americanas; por último, reconocimiento de Jacobo Estuardo como rey de Inglaterra luego de la muerte de su padre Jacobo II en Saint-Germain-en-Laye el 16 de setiembre de 1701. No era necesario más para determinar a ingleses y holandeses a firmar con el emperador Leopoldo la gran alianza de La Haya, cuyo objeto declarado es el de sustituir a Felipe V por el archiduque Carlos. La muerte de Guillermo III el 19 de marzo de 1702 no cambia la determinación de los coligados, que, dirigidos por un triunvirato compuesto por el holandés Heinsius, el inglés Malborough y el príncipe Eugenio de Saboya al servicio del emperador, declaran conjuntamente la guerra a Francia y a España el 15 de mayo de 1702.

Tiempo de prueba

Evocando más tarde los acontecimientos de 1701, Saint-Simon escribirá: "Así termina este año y con él toda la felicidad del rey." Para Luis XIV, que ya ha sobrepasado la sesentena, y para el reino, comienza en efecto un tiempo de pruebas. Fuera de Baviera, puesta muy pronto fuera de combate, la única aliada de Francia es España, aliada muy débil de la que ningún sostén eficaz puede esperarse y,

* Título del jefe del poder ejecutivo en Holanda cuando no estaba cubierta la dignidad de Estatúder.

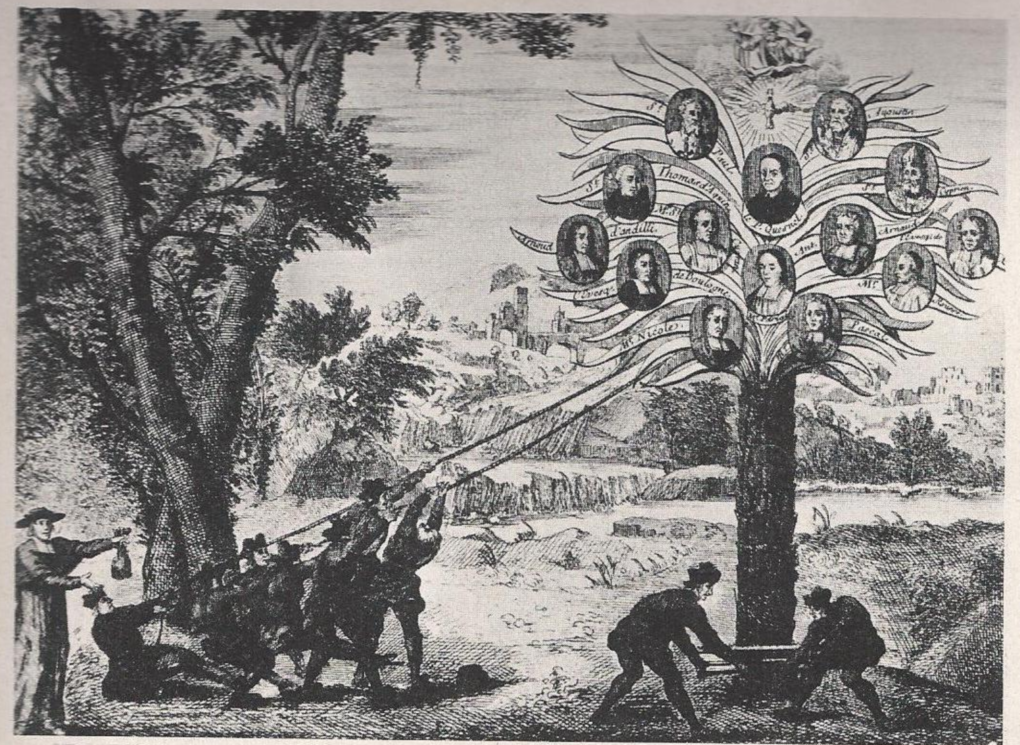
1. La marquesa de Maintenon, de Pierre Mignard. Museo de Versalles (Falchi).
2. Galería de los espejos en Versalles (Falchi).

En la página 133:

1, 3, 4. Estampa de Trouvin, de la serie llamada "los Departamentos". París, B. N., Est. (Ségalat).
2. Luis XIV, en un grabado de Wengel. París, Bibl. Arts Décoratifs (Ségalat).

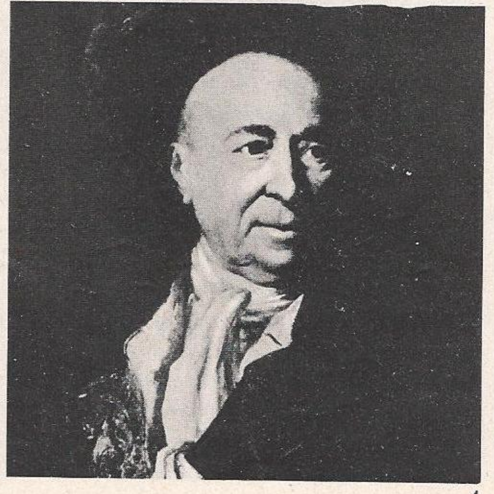
En las páginas 136-137:

1. "Los trabajos inútiles". Estampa satírica contra los jesuitas en honor de Quesnel. Siglo XVII. *París, B. N., Est.* (Ségalat).
2. Expulsión de las religiosas de Port-Royal-des-Champs en 1709. París, B. N., Est. (Ségalat).
3. Pierre Baylle, en un cuadro de la escuela francesa del siglo XVII. *Museo de Versalles.*
4. Retrato de Fontenelle, de N. Larguillière, Museo de Chartres.
5. El duque de Anjou es reconocido rey de España. París, B. N., Est. (Ségalat).
6. Visita de Luis XIV al Hotel de los Inválidos en 1706. París, B. N., Est. (Ségalat).


1


2


3


4

por el contrario, a la que hay que ayudar lo más posible. Más aún, el tiempo de los Condé y los Turenne está lejos; pese a que a Vendôme y Villars no les falta valor, demasiados cortesanos incapaces son nombrados comandantes en jefe, mientras que, a la cabeza de los ejércitos enemigos, se encuentran los dos capitanes más grandes de la época, el duque de Malborough y el príncipe Eugenio. Blenheim (1704), Ramillies (1706), Lila (1708) son otras tantas derrotas francesas que, aparte del abandono de Baviera, significan la pérdida de los Países Bajos, la invasión. En España, el archiduque Carlos, apoyado por las tropas austríacas e inglesas, se hace reconocer como rey bajo el nombre de Carlos III, ocupa Cataluña y la región de Valencia y, por un momento, expulsa a Felipe V de Madrid.

En esta situación dramática, Luis XIV debe hacer frente dentro del reino a otras preocupaciones. Si la condenación, si bien matizada, de Fenelón, ha puesto fin desde 1699 al problema del quietismo, por el contrario el conflicto jansenista resurge y, sobre todo la revuelta de los protestantes de las Cevennes en 1702, amenazan con la guerra civil: los *Camisards*, como se los llama, tienen en jaque por varios años a los ejércitos reales y en 1705 es necesario enviar a Villars con 20.000 hombres para poner fin a esta lucha sin cuartel. Por otra parte, la guerra extranjera que ha sobrevenido poco tiempos después de la paz de Ryswick, ha comprometido los esfuerzas de estabilización de la economía francesa desde 1697 y agravado el marasmo, pese al latigazo efímero que constituye la apertura del gran mercado hispano-americano al comercio francés. La angustia financiera es tremenda: el aumento de los impuestos, el restablecimiento de la capitación, los empréstitos forzosos, los cambios monetarios no bastan para superar un déficit sin cesar creciente. La miseria de las clases populares, oprimidas bajo el fardo fiscal, víctimas de la depresión general, contrasta cruelmente con la opulencia de la gente de las finanzas; esta miseria se acrecienta aún más por el frío terrible de enero de 1709 y produce, desde la primavera, la carestía y, un poco en todas partes, sublevaciones populares.

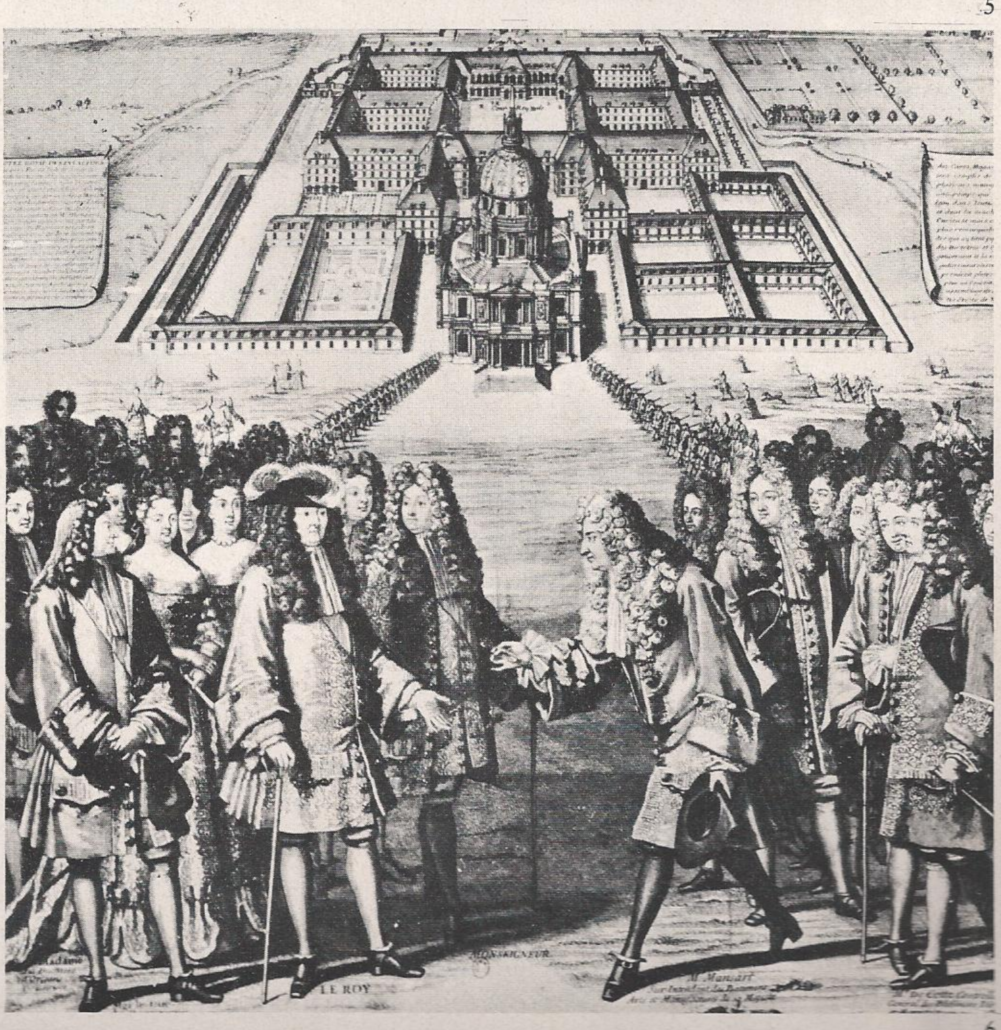
La situación es tal que Luis XIV envía a La Haya, en mayo de 1709, a su ministro Colbert de Torcy para abrir conversaciones de paz. Los coaligados ponen como condición el reconocimiento del archiduque Carlos como rey de España, la cesión de Alsacia al emperador y de Lila a las Provincias Unidas y por último la promesa (a decir verdad, bastante vaga) de una ayuda militar francesa para expulsar eventualmente a Felipe V de Madrid. El rey ordena a Torcy romper las conversaciones y en una carta, plena de dignidad, dirigida el 12 de junio a todos los obispos, gobernadores

e intendentes del reino, explican las razones que lo obligan a continuar la guerra: "Aunque la ternura por mi pueblo —concluye— no es menos viva que la que siento por mis propios hijos, aunque comparto todos los males que la guerra hace sufrir a súbditos tan fieles y que he demostrado a toda Europa que deseo sinceramente la paz, estoy persuadido que los mismos franceses se opondrían a estas condiciones contrarias a la justicia y al honor del nombre francés". El 11 de setiembre de 1709, la sangrienta e indecisa batalla de Malplaquet prueba que Francia todavía no está vencida. Pero en 1710, los coaligados tampoco cambian sus condiciones inaceptables del año precedente. El rey declara "preferir la guerra con sus enemigos y no con sus hijos" y rompe de nuevo las conversaciones. La creación de un nuevo impuesto, el décimo, se hace necesario para la continuación de la guerra. Las tropas francesas agotadas pero apoyándose sólidamente sobre la "cintura de hierro" construida por Vauban, defienden con éxito el suelo nacional. El rey, impasible, conserva la cabeza. Duelos particularmente crueles se añaden todavía a las desgracias que lo golpean: el 14 de abril de 1711, el Gran Delfín es llevado por la viruela; en febrero de 1712, con seis días de intervalo, le llega el turno a la duquesa y al duque de Borgoña, nuevo delfín; el 21 de febrero, el rey escribe a su nieto Felipe V a quien ha advertido cinco días antes del deceso de su cuñada: "Comprenderéis la dimensión de mi dolor cuando sepáis de la muerte del delfín. Estos son días de terribles pruebas que Dios ha querido hacer de mi sumisión a sus órdenes. Yo le ruego de conservarme a Vuestra Majestad y consolarme en estas desdichas que sentiré vivamente por todo el tiempo que me conceda de vida".

Mientras, en esta época, la situación exterior mejora. La victoria de Villaviciosa (1710) ha salvado a Felipe V, amenazado nuevamente en su capital. En 1712, Inglaterra firma un armisticio separado con Francia. Pero los imperiales y holandeses intentan un último esfuerzo: el príncipe Eugenio a la cabeza de 130.000 hombres, decide marchar sobre París por el valle del Oise. Luis XIV no puede oponerle más que 70.000 hombres —lo que queda del ejército francés— cuyo comando confía a Villars. Éste, mediante una hábil maniobra, logra separar al príncipe Eugenio de sus aprovisionamientos y batirlo en Denain el 24 de julio de 1712. Desmoralizados, los holandeses se resignan a tratar. Se necesitará una campaña victoriosa de Villars sobre Alemania al año siguiente, para obligar al emperador a imitarlos. Este resurgimiento francés de último momento, permitirá a Luis XIV obtener la paz en condiciones que no hubiera podido esperar algunos años antes. En efecto, por los tra-



5



6



1

1. Luis XIV en 1706. Retrato en cera coloreada de A. Benoist. París, Museo Carnavalet (Bulloz).

2. H. Rigaud, Luis XIV, *1701. París, Museo de Louvre* (Scala).

tados de Utrecht y de Rastadt, Felipe V es reconocido como rey de España, pero debe ceder a Austria los Países Bajos y sus posesiones de Italia y acordar a Inglaterra importantes privilegios comerciales en la América española. En lo que respecta a Francia, si bien debe ceder a Inglaterra numerosos territorios en América del Norte, conserva la integridad del suyo, de acuerdo al tratado de Ryswick. De este modo, al término de una agotadora lucha de veinticinco años, Luis XIV ha logrado por lo menos conservar las conquistas anteriores —Lila, Besançon, Estrasburgo— pero debe renunciar definitivamente a sus sueños de dominio. La era de la preponderancia francesa se ha cerrado definitivamente esta vez; comienza la del equilibrio europeo.

El balance de la situación interna no es menos amargo. En 1709 el hey ha hecho expulsar con brutalidad a las últimas religiosas de Port Royal des Champs y ordenado la destrucción del monasterio; en 1713, obtiene del papa una nueva condenación del jansenismo con la bula *Unigenitus*; pero estas medidas provocan en todo el reino una viva agitación que no es fácil extinguir. La política de intolerancia y violencia con los protestantes es un fracaso completo: en agosto de 1715, el pastor Antoine Court celebra en una cantera a las puerta de Nîmes un sínodo clandestino que reúne a los principales pastores del Mediodía y a numerosos fieles. El estado de las finanzas públicas es catastrófica: el recurso de expedientes, las manipulaciones monetarias, las tentativas para desarrollar el crédito han entregado el Estado a manos de la gente de las finanzas, pero no han tenido éxito en contener el déficit: en 1715 los ingresos de los impuestos de los próximos tres años, es consumido por anticipado, el total de la deuda llega a la cifra vertiginosa de dos mil millones de libras; Francia está al borde de la bancarrota. En todo el reino, el descontento ruge contra los financieros, los ministros y ni siquiera se le ahorran las críticas al mismo rey.

El 1º de setiembre de 1715

En agosto de 1715, el viejo monarca que va a cumplir setenta y siete años y ha visto desaparecer, uno tras otro, a los compañeros de su juventud y edad madura, siente la proximidad de la muerte: aparecen las primeras manchas negras de una gangrena senil. Con la dignidad y majestad que nunca lo ha abandonado, ni siquiera en los peores momentos, se prepara a morir. Añade un último codicilo a su testamento redactado el año precedente en previsión de una regencia, expresa sus adioses a Madame de Maintenon y a su último bisnieto y sucesor, el duque de Anjou, de cinco años, el único sobreviviente de su descendencia legítima, fuera



del rey de España. Después dicta, en beneficio del futuro rey de Francia, sus últimas instrucciones: lo recomienda al duque de Maine, su hijo preferido, y concluye: "Poned toda vuestra confianza en Dios, vivid como cristiano más que como rey y no hagáis que su mano caiga sobre Vos por saliros de las normas. Dad gracias a la divina providencia que protege a este reino de modo tan visible. Dad a vuestros súbditos el mismo ejemplo que un padre cristiano da a su familia; miradlos como a vuestros hijos; hacedlos felices si Vos queréis serlo; aliviadlos lo antes posible de todos los impuestos violentos con que los ha sobrecargado la necesidad de una larga guerra y que su fidelidad les ha hecho soportar con sumisión. Hacedlos gozar de una larga paz, lo único capaz de restablecer los asuntos del reino; preferid siempre la paz a los acontecimientos dudosos de la guerra y recordad, hijo mío, que la victoria más resonante cuesta siempre demasiado para cuando es necesario pagarla con la sangre de los propios súbditos. No la vertáis jamás, si es posible, más que para la gloria de Dios". El 30 de agosto el rey pierde el conocimiento y lanza su último suspiro el 1º de setiembre a las ocho y cuarto de la mañana.

Veinticinco años más tarde, en la célebre carta a Milord Hervey para justificar la expresión "Siglo de Luis XIV", Voltaire escribirá: "No sólo se han hecho grandes cosas bajo su reinado sino que las hizo él mismo". En tal afirmación hay una doble exageración: el reinado no fue únicamente un reinado de grandes cosas y no se puede razonablemente atribuir al rey el mérito de todas aquéllas que se cumplieron. ¿Cuál fue exactamente la acción personal de Luis XIV en los acontecimientos franceses y europeos a lo largo de los cincuenta años de su reinado personal? Tal es el fondo esencial de la cuestión. Durante cerca de veinticinco años, desde 1660 a 1680 ó 1685, parecería identificarse a uno de los períodos más gloriosos de la historia de Francia. Es cierto que se hicieron entonces grandes cosas y que él quiso, realizó, suscitó y animó muchas de ellas: la estructuración del Estado moderno, la puesta en orden de las finanzas y la economía por obra de Colbert, las obras de arte de Racine, Molière, Bossuet, Lulli, la construcción de Versalles. Pero al mismo tiempo, su orgullo casi "paranoico" (según palabra del historiador Lavisse) lo arrastra a cometer los primeros errores y a sufrir los primeros desengaños. Enceguecido por la incontestable preponderancia de Francia en Europa, minimiza a sus eventuales adversarios y se equivoca largamente con respecto a Holanda; la guerra de 1672 es el primer error del reinado pero no el último. Hasta 1684, el valor de sus diplomáticos y generales, pero también las dificultades diversas que experimentan las otras potencias europeas, permiten a Luis XIV desempeñar el papel de árbitro de Europa. Con los años 1680 cambian muchas cosas. El rey ya no impone su dirección soberana a los acontecimientos. El equilibrio clásico y el mecenazgo real han sido efímeros; toda una generación nueva descubre el gusto de la libertad y de la audacia de pensamiento. La tentativa por restablecer en el reino la unidad de la fe fracasa: desde cualquier punto que se considere, la revocación del edicto de Nantes aparece como una de las faltas del rey más preñada de consecuencias desastrosas. Por otra parte, la situación de Europa evoluciona sin que Luis XIV tome suficiente conciencia de ello: Austria se hace fuerte después de su éxito contra los Turcos, en las "Alemanias" la galofobia gana terreno, Inglaterra, convertida en una gran potencia marítima y colonial no soporta más las provocaciones del Rey Sol y están bien decididos a poner límite a sus ambiciones. Luis XIV parece comprenderlo y aceptarlo en 1697. Pero el testamento de Carlos II de España y la presencia de su nieto en el trono de Madrid despiertan el orgullo del viejo rey cuya actitud provocadora suscita la formación de la gran alianza de La Haya y la desastrosa guerra en la cual el reino está cerca de sucumbir. Golpeado por todas partes, Luis XIV da entonces prueba de una dignidad ejemplar. Según palabras del historiador Pierre Goubert, "al fin de cuentas, este agresor nos parece más grande en la adversidad que en el triunfo". Pese al giro inesperado al final del conflicto, la vejez del rey semeja un naufragio. ¡Qué abismo entre las esperanzas y primeras realizaciones de los años 1660-1670 y las realidades de 1715! Cincuenta y seis años después de la entrada triunfal del joven soberano en un París regocijado, el anuncio de su muerte es recibido con alivio en el reino y, más aún, manifestaciones indecentes de alegría popular acompañan su comitiva fúnebre de Versalles a Saint-Denis.

Hombre "común", soberano feliz hasta 1685 aproximadamente, más tarde desgraciado, en parte por sus propias faltas, Luis XIV ha jugado un papel de primer plano en la historia de Francia y de Europa de la segunda mitad del siglo XVII. Pero ha dejado sobre todo una imagen inigualada del soberano. Si bien no fue un gran hombre, ni siquiera un gran hombre de Estado, fue para todos sus contemporáneos y así permanecerá en la historia, el Gran Rey.

Bibliografía

La bibliografía de las obras consagradas a Luis XIV y a la Francia del siglo XVII es considerable. Cronológicamente la primera es *El siglo de Luis XIV*, de Voltaire (1751), ed. en español, Bs. As., F. C. E. Quien desee orientarse en esta bibliografía superabundante podrá consultar E. Preclin y V. L. Tapie, *Le XVIIº siecle* (París, Presses Universitaires de France, Col. Clio, 2ª ed., 1949) completado por R. Mandrou, *La France aux XVIIº et XVIIIº siecles* (París, Presses Universitaires de France, Collection "Nouvelle Clio", 1967).

Aquí nos limitaremos a señalar, además de una edición reciente y cómoda de las *Memorias* de Luis XIV y el estudio antiguo, pero clásico de Lavisse, los libros más recientes consagrados al Rey Sol y su tiempo:

Luis XIV, Mémoires et divers écrits, texto establecido, anotado y presentado por Bernard Champigneulles (París, Club Français du Libre, 1960); en esp., Bs. As., Espasa-Calpe.

Ernest Lavisse, *Histoire de France depuis les origines juqu'a la Révolution*, t. VII/1, VII/2 y VIII/1 (París, Hachette, 1906-1908).

Pierre Gaxotte, *La France de Louis XIV* (París, Hachette, 1946, 2ª ed., 1968).

Hubert Methivier, *Le siècle de Louis XIV* (París, Presses Universitaires de France, Col. "Que sais-je?", 3ª ed., 1962).

Georges Mongredien, *Louis XIV*, textos seleccionados y presentados por G. Mongrédien (París, A. Michel, 1963).

Georges Mongrédien, Jean Meuvret, Roland Mousnier, R. A. Weigert, Robert Mandrou, Antoine Adam, V. L. Tapie, *La France au temps de Louis XIV* (París, Hachette, Col. "Ages d'or et Réalités", 1965).

Pierre Goubert, *Louis XIV et vingt millions de Français* (París, A. Fayard, 1966).

Pierre Goubert, *L'Avènement du Roi-Soleil, 1661* (París, Julliard, Col. "Archives", 1967).

El fascículo Nº 68 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Pericles

Enérgico sostenedor de una política hegemónica de Atenas; convencido de la íntima unidad de la cultura griega y de las tradiciones panhelénicas; "primer ciudadano" de la "polis" democrática.

¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!

LOS HOMBRES de la historia — El mundo contemporáneo

LOS HOMBRES de la historia — El siglo XIX: La Revolución Industrial

LOS HOMBRES de la historia — El siglo XIX: Las revoluciones nacionales

LOS HOMBRES de la historia — El siglo XIX: La Restauración

LOS HOMBRES de la historia — La Revolución Francesa y el periodo napoleónico

LOS HOMBRES de la historia — El setecientos

LOS HOMBRES de la historia — Los estados nacionales

LOS HOMBRES de la historia — Del Humanismo a la Contrarreforma

LOS HOMBRES de la historia — Cristianismo y Medioevo

LOS HOMBRES de la historia — La civilización romana

LOS HOMBRES de la historia — La edad de Grecia

LOS HOMBRES de la historia — La civilización de los orígenes

Cada fascículo de LOS HOMBRES de la historia publica la biografía completa de un hombre que ha desempeñado un papel de gran importancia en la historia del mundo.

Los fascículos se van agrupando en tomos que dan, a su vez, una gran historia de la humanidad desde sus primeras civilizaciones hasta nuestros días.

La historia del mundo que ofrece esta colección es total y de enfoque moderno: los Hombres elegidos no están estudiados como héroes sino como intérpretes destacados de su época.

Profusamente ilustrada, la colección es, asimismo, un riquísimo archivo documental.

Publicación semanal

Precio de venta

m$n. 140,- el ejemplar

ARGENTINA: $ 140.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5.-
NICARAGUA:
PANAMA:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90.-
VENEZUELA: Bs. 2.50